

Rosas de Otoño¹

Jacinto Benavente

PERSONAJES

ISABEL.

MARÍA ANTONIA.

CARMEN.

LAURA.

JOSEFINA.

LUISA.

GONZALO.

PEPE.

RAMÓN.

MANUEL.

ADOLFO.

Un CRIADO.

¹ BENAVENTE, Jacinto *Comedias Escogidas*, Aguilar, Madrid, 1958

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante

ESCENA PRIMERA

GONZALO y un CRIADO; después, ISABEL

GONZALO.—(Al CRIADO,) A las siete lleva usted la ropa al Casino, y si ha venido alguna carta...

ISABEL.—¿Vas a salir? ¿Volverás pronto?

GONZALO.—¿Por qué?

ISABEL.—¿Qué memoria! ¿No recuerdas que hoy comen aquí María Antonia, Pepe y amigos?...

GONZALO.—Es verdad. No me acordaba.

ISABEL.—¿Pensabas comer fuera de casa?

GONZALO.—Sí, en el Casino, con Aguirre y con un socio suyo, para tratar de esos negocios de Bilbao. Pondré dos letras. (Al CRIADO.) Espere, usted. (Se sienta a escribir.)

ISABEL.—¿Te contraría?

GONZALO.—No. Siento no haberme acordado antes... Y que hoy no estoy de humor para recibir gente...

ISABEL.—Casi toda es de confianza.

GONZALO.—¿Quién viene?

ISABEL.—Además de María Antonia y Pepe, Laura, Ramón y Carmen con la chica; Manolo Arenales, y, de más cumplido, los recién casados, el hijo de tu corresponsal y su mujer. En su obsequio es la comida. Pero ¡qué memoria la tuya!

GONZALO.—¡Ah, sí..., el matrimonio joven!... ¡Cuánto lo siento!

ISABEL.—Pues disimula el mal humor, porque los primeros días te desviviste por obsequiarlos, y extrañarán el cambio tan brusco. A mí no me son nada simpáticos; él parece tonto, y ella... ¡qué sé yo! Muy atrevida...; por hacernos ver que domina el castellano, se expresa en unos términos...

GONZALO.—¿Puedes callarte? Me has equivocado dos veces.

ISABEL.—¡Ay! Perdona. ¿Por qué no lo has dicho antes?

GONZALO.—(Al CRIADO.) Esta carta, al Casino. Y no lleve usted la ropa; prepáremela usted en mi cuarto. (Sale el CRIADO.) ¿Y a qué hora es la comida?

ISABEL.—Para las siete y media, inedia hora antes que de costumbre; también en obsequio a los de París; como allí se come temprano... Arenales se descolgará a las nueve, y la francesa tendrá motivo para decir que aquí estamos muy mal educados.

GONZALO.—¿Quién es la francesa?

ISABEL.—La mujer de ese muchacho. ¡Qué pregunta!

GONZALO.—Como no es francesa... Eso sí que es de mala educación, poner motes a la gente. Si sabes que es española...; porque haya vivido siempre en París... Es una muchacha muy agradable y muy inteligente.

ISABEL.—Perdona, perdona si te he molestado.

GONZALO.—No digas tonterías. ¡Siempre lo mismo!

ISABEL.—¡Siempre lo mismo! ¡Pobre de mí!

GONZALO.—Ahora hazte la víctima. Eres insoportable.

ISABEL.—¡Gonzalo! Está visto que no puedo hablar. No puedo callar tampoco.

GONZALO.—Prefiero que hables, que hables siempre, y nunca con medias palabras ni con reticencias. ¿Si sabré yo por qué te molesta esa muchacha? Porque ya creíste también que me gusta; crees que me gustan todas las mujeres.

ISABEL.—Todas, no.

GONZALO.—Tendré que ser un grosero para que vivas tranquila; no podemos recibir más que a Laura...; es la única que te inspira confianza.

ISABEL.—Sí, Laura, de esa no te enamoras; es solo ella la que está enamorada de ti.

GONZALO.—Una leyenda...

ISABEL.—Que yo prefiero a muchas historias.

GONZALO.—¡Muchas historias! Don Juan Tenorio. ¡Si conmigo no hay mujer segura!... No adviertes que te pones y me pones en ridículo con tus celos; debes pensar que ya no somos niños. Yo no lo era cuando nos casamos; viudo desde muy joven, con una hija ya mujer; de modo que no pudiste creer que buscaba en ti, como otros viudos con hijos, una institutriz de confianza. Si hubiera tenido ese corazón tan volandero y tan fácil que tú me otorgas, no hubiera vuelto a casarme. ¿Quién me obligaba?

ISABEL.—Es que nunca reparaste en nada para conseguir lo que te propones.

GONZALO.—¿Y qué?

ISABEL.—Conmigo no había otro medio.

GONZALO.—Pero a ti te quedaba otro si creías eso; mandarme a paseo.

ISABEL.—Creí que me querías.

GONZALO.—¡Que te quería! No te quiero, ¿verdad?

ISABEL.—Sí me quieres; ¡es tan fácil quererme!...

GONZALO.—¡Qué bonito y qué simpático es el papel de víctima!

ISABEL.—No lo sé; sé que es muy triste, y más triste procurar con todas mis fuerzas no parecerlo. Tienes una disculpa, la única. Haces el daño sin saber que lo haces.

GONZALO.—Sí, acabaré por creerlo. Soy un monstruo, un tirano. El genio del mal. Este pobre y pacífico burgués, solo preocupado de sus negocios, de su casa, de su mujer, de mi hija, mis únicos cariños.

ISABEL.—De mí, no digo; sé a qué atenerme. ¿De tu hija? Nuestra; porque sabes que no la querría más si fuera también mía... ¿A que juzgas, como de mí, que debiendo ser muy dichosa se aficiona demasiado al papel de víctima?

GONZALO.—¿María Antonia? ¡Estaría gracioso! Se habrá contagiado... No, si tú eres capaz...

ISABEL.—No, Gonzalo; no soy yo, no es ella, sois vosotros, los hombres, que sois como Dios os ha hecho, o el mundo en que vivimos, o... ¡qué sé yo!, la ley que habéis hecho vosotros tan tolerante para vuestras faltas como severa para las nuestras.

GONZALO.—Vamos a elevar la discusión a principios filosóficos y sociales... ¡Ea!, voy a vestirme. No quiero ponerme de peor humor.

ISABEL.—Está bien. ¿No quieres saber nada de tu hija?

GONZALO.—Pero ¿qué voy a saber? Que está quejosa de su marido, como tú lo estás siempre de mí, y con el mismo fundamento... ¡Pobre Pepe!

ISABEL.—Conste que María Antonia tiene razón, y conste que, sabiéndolo yo, te lo digo a ti solo; a ella, aunque tú creas lo contrario, le digo lo mismo que tú dices: que no

tiene importancia; que Pepe no es mejor ni peor que otros maridos; que no debe estar triste ni considerarse desgraciada...

GONZALO.—¿Tú le dices eso a María Antonia? Me cuesta trabajo creerlo.

ISABEL.—Sí, se lo digo y procuro convencerla; porque María Antonia no es como yo; es muy exaltada, no se resigna; además, no quiere a su marido como yo te quiero; se casó sin reflexionar, enamorada de otro hombre...

GONZALO.—Con quien pudo casarse; nadie se oponía a ello. ¿Por qué rompió de pronto sus relaciones con Enrique? Yo no me lo he explicado todavía. Su madre y tú anduvisteis de cabildeos; María Antonia, de la noche a la mañana, dijo que ya no le quería; el muchacho se fue de Madrid... ¡Cualquiera entiende a las mujeres!

ISABEL.—Te lo dije; la única disculpa que tienes es la inconsciencia. ¿Para ti no había obstáculo alguno que se opusiera a la boda de tu hija con el hijo de Carmen?

GONZALO.—Ya..., como tú supones que yo tuve relaciones con Carmen... Te lo dije todo...; fue antes de casarnos, antes de enviudar.

ISABEL.—Es un consuelo. Sí, lo sé todo. ¡Carmen es mi mejor amiga! Ha llorado mucho su falta, y su confesión ha sido más general y más sincera que la tuya. Por eso mismo, porque su conciencia no estaba tranquila, me lo confesó todo, rogándome, por lo más sagrado, que hiciera lo posible por que María Antonia olvidara a Enrique; como ella, por su parte, haría todo lo posible para convencer a su hijo...

GONZALO.—¿Es que ella cree...?

ISABEL.—Bastaba con dudarlo. Ya ves cómo, contra vuestras leyes y vuestro criterio, la falta del hombre y la de la mujer tienen las mismas consecuencias. En vuestras aventuras de amor, los hombres tenéis derecho a dudar cuáles son vuestros hijos; la mujer debe temer que puedan ser esposos los que pudieran ser hermanos... ¿Comprendes, comprendes cómo tu hija puede ser desgraciada por tu culpa? ¿Cómo también vuestros pecadillos, vuestras ligerezas, tienen importancia? Y perdona que te haya dicho todo esto, que me había propuesto callar siempre...; pero es que temo por tu hija...; es que no quisiera, y sin poderlo remediar, de tarde en tarde, dejar hablar a mi corazón porque temo; sí, temo que interpretes mi resignación por indiferencia, porque yo estoy segura que tú supieras cómo destrozas mi corazón cada vez que leo en ti..., porque lo veo..., en disimular no eres muy hábil, tienes la alegría insolente, una nueva traición, una nueva aventura..., no serías capaz de martirizarme. Pero eres así: si no oyes la queja, no piensas que hiciste el daño; si no me vieras llorar, no creerías nunca que mi vida es muy triste...

GONZALO.—(*Emocionado.*) ¡Isabel!... ¡Isabel!... Bien esta. ¿Sabes que nos disponemos para recibir con agrado a esa gente?

ISABEL.—Tienes razón; si yo no quisiera molestarte nunca con mis quejas; pero en estos días he sufrido tanto...

GONZALO.—¿En estos días? ¿Por qué?

ISABEL.—Bien lo sabes. ¿Crees que estoy ciega? ¿Que no advierto tus preocupaciones?

GONZALO.—Mis asuntos..., los negocios... ¡Qué tontería!

ISABEL.—No; para los negocios eres muy sereno; tus preocupaciones no cambian tu carácter por días, por momentos. ¡Si te quiero demasiado para no adivinar en seguida tu mal humor cuando aparentas más alegría; tu alegría, cuando quieres parecer más serio!...

GONZALO.—¡Tu imaginación!... ¡Claro! Conocías mi vida pasada de soltero...

ISABEL.—De casado.

GONZALO.—Me casé muy joven...

ISABEL.—De viudo.

GONZALO.—Enviudé muy pronto...

ISABEL.—Tu vida de siempre.

GONZALO.—¡De siempre! Desde que me casé contigo, ¿qué puedes decir?

ISABEL.—No hablemos, Gonzalo; no hablemos de eso. Si proponiéndome no averiguar nada; si cerrando ojos y oídos a la evidencia he visto tanto y he averiguado tanto... ¿por qué me pides cargos que no puedes rechazar sin mentir? ¡Y sabes que para mí no hay nada tan odioso como la mentira!

GONZALO.—Pero ¿te he mentado alguna vez? ¿Por quién has sabido siempre cualquiera de mis tonterías?

ISABEL.—Por ti; estamos conformes; pero no por tu lealtad, por tu imprudencia.

GONZALO.—Ser imprudente es uno modo de ser leal. (*Entra el CRIADO.*)

CRIADO.—Con permiso. En el Casino he recogido estas cartas para el señor. (*Sale.*)

GONZALO.—Circulares, anuncios... ¡Hombre! Esta es de Aguirre, excusándose, a su vez, de no comer conmigo, como habíamos acordado. ¡Me luzco si voy!

ISABEL.—Sí; te luces...

GONZALO.—¿Y esta? ¿De quién es esta? ¡Ah, sí!... Vaya, ¿quieres leerlas todas? Ahí las tienes. ¡Léelas, léelas!...

ISABEL.—Muchas gracias. Dije que eras imprudente; pero no tonto. Ya sé que tu correspondencia no tiene nunca nada de particular. Pero yo tampoco me tengo por tonta, y sé que para dar un aviso o una contraorden no hay que comprometerse escribiendo cartas... Para mí, todas esas misivas tienen el mismo crédito; lo mismo la del sastre que te anuncia los géneros nuevos para la presente estación, que el besalamano de la Presidencia del Consejo, recomendándote la puntual asistencia a una votación...

GONZALO.—¡Qué celos más graciosos! Sí, en el fondo me encantan y me halagan; a mi edad, cuando me advierto cada día más viejo, física y espiritualmente, decir que todavía me consideras capaz de enamorar...

ISABEL.—De enamorarte, que no es lo mismo. No seas vanidoso; la vanidad te pierde, como a todos los hombres. ¡Claro!, desde muy joven, todos fueron a celebrar al señorito mal criado; los papás, la familia, los amigos, las cotorronas amigas de la casa. ¡Qué bonita figura! ¡Qué simpático!... Y así dieron alas al caballerito... Era yo una chiquilla, y ya me mandaban salir de las visitas cuando contaban tus aventuras.

GONZALO.—Pero tú te quedabas a escucharlas detrás de la puerta.

ISABEL.—Y me causaban tal horror, que por ti llegué a odiar a todos los hombres.

GONZALO.—Menos a mí, por lo visto; porque antes de casarme te hice el amor.

ISABEL.—Y te di calabazas.

GONZALO.—Es verdad. Y que fueron tremendas. Pero no pude olvidar, y tú tampoco debías de haberme olvidado, porque no tuviste otro novio.

ISABEL.—Fui tan tonta como todo eso.

GONZALO.—No es tan fácil olvidarme.

ISABEL.—Pero ¡qué loca vanidad! ¡Ay, qué ganas tengo de verte calvo, lleno de canas, con tu respetable panza, con tus patas de gallo!... ¡Cuidado que se lo pido a

Dios!; pero nada: el demonio te ha tomado por su cuenta, y el caballero con sus cuarenta y...

GONZALO.—¡Calla, calla!

ISABEL.—Anda engañando al mundo todavía... Por supuesto, el pelo y el bigote..., ¿eh?

GONZALO.—Te juro que no...; ¡frota, frota!...

ISABEL.—La perfumería ha progresado mucho. Yo daré con el secretito. Ese color natural sería un insulto.

GONZALO.—¿De veras te alegrarías de verme viejo?

ISABEL.—Me alegraría de que ya no pudieras gustar a ninguna mujer; de que se burlaran de ti cuando te atrevieras a presumir; que pudiera yo decir por fin: ¡gracias a Dios, es mío; solo mío!

GONZALO.—Pero ¿de quién soy?... ¿Qué mujer ha podido llamarme suyo como tú, por completo, ante Dios, ante el mundo, en mi corazón?... ¡Solo tú, mi Isabel!... (*La besa.*)

ISABEL.—¡Si no sabes cuánto te quiero; si no sabes cuánto me atormentas!

ESCENA II

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE

PEPE.—¡Bravo, bravo!... ¡Muy bien!

GONZALO.—¡Hola, hola!

ISABEL.—¡María Antonia! ¿Cómo estás?

MARÍA ANTONIA.—¡Isabel!

PEPE.—Si venimos a interrumpir... Continúen ustedes, continúen ustedes.

GONZALO.—Ya lo veis; el mejor ejemplo. Conste que no os habíamos visto llegar; no estaba preparado. Nos habéis sorprendido, lo que se dice sorprendido; eso os probará que estos momentos de dichosa intimidad no son tan raros en nuestra vida. Sería mucha casualidad que llegarais a punto de presenciar uno si fueran tan raros. Creedme, hijos míos: fuera del matrimonio, de la familia, no hay verdadero cariño, no hay nada; esta es la única, la verdadera felicidad.

MARÍA ANTONIA.—Hoy está papá de buen humor.

ISABEL.—(*Bajo a MARÍA ANTONIA.*) Desde hace un instante; desde que recibí unas cartas; por fortuna, era el último correo, el del Casino.

MARÍA ANTONIA.—¡Pobre Isabel! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres!

ISABEL.—Yo, no. ¡Qué tontería! ¿Seguimos así?

MARÍA ANTONIA.—¡Ya te contaré!

GONZALO.—Oye, Pepe. Tenemos que hablar muy seriamente.

PEPE.—Cuando quieras.

GONZALO.—Ya tendíamos ocasión. Oye, ¿en qué piececilla trabaja esa muchacha de que me hablaste? Porque fui al teatro la otra noche, por casualidad, y no vi nada que valiera la pena.

PEPE.—Ha estado unos días sin trabajar; estuvo despedida de la compañía por un disgusto con el director, muy justificado; le está repartiendo un trabajo imposible; todo porque él tiene que ver con la Vélez, que canta como un gato y se viste...

GONZALO.—¿Se viste? No hará fortuna.

PEPE.—La otra, en cambio, es una monada. El público va por ella; un éxito cada obra; tiene no sé qué..., ¿sabes?, mucho saliente, mucha personalidad...

GONZALO.—¡Calla, calla! Pareces una mamá de tiple.

PEPE.—¿Era de eso de lo que tenías que hablarme?

GONZALO.—No; ¡qué disparate! Son cosas serias, algo que me ha dicho Isabel. Ya te lo diré. ¿Dices que ya trabaja esa chica?

PEPE.—Sí, todas las noches; a segunda y cuarta; en «La Liga de las mujeres» y en «La corazóná», las obras de la temporada.

GONZALO.—¿Tú vas todas las noches?

PEPE.—Todas, no; cuando no voy a otra parte.

GONZALO.—Sí; pero nunca vas a otra parte. Haces muy mal; a las mujeres les asustan mucho las aventuras de teatro; luego, todo el mundo se entera...; los teatros no han sido nunca mi género; no se los aconsejo a nadie.

MARÍA ANTONIA.—¿Qué hablará papá con ese?

ISABEL.—Le estará riñendo; ya le he dicho yo algo.

MARÍA ANTONIA.—¿A papá? ¡No, por Dios!, no le digas nada; dirá que soy muy tonta.

ISABEL.—Si no tuvieras razón, lo serías; aun teniéndola, haces mal en atormentarte, y mucho peor en atormentar a tu marido.

MARÍA ANTONIA.—No le atormentaré mucho, te lo aseguro.

ISABEL.—¿Estás loca? ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

MARÍA ANTONIA.—Yo no me he casado para sufrir desprecios ni humillaciones de mi marido.

ISABEL.—Pero ¿ha ocurrido algo más grave?

MARÍA ANTONIA.—Hoy mismo, sin ir más lejos.

ISABEL.—¡Calla!

MARÍA ANTONIA.—No; ya verás...

PEPE.—Bueno, chiquilla; te dejo para volver cuanto antes; si es que por fin puedo volver, como quisiera.

ISABEL.—¡Ah! Pero ¿no sabes si vas a volver? ¿No comes con nosotros?

MARÍA ANTONIA.—No.

PEPE.—Digo que haré lo posible.

MARÍA ANTONIA.—Déjate de farsas. Demasiado sabes que no.

PEPE.—¡María Antonia!

GONZALO.—No seas así. Nada tiene de particular. Yo mismo he estado también a punto de no poder comer con vosotras. Las mujeres creéis que los hombres podemos sujetar nuestra vida a vuestras combinaciones. Formáis planes a plazo fijo y a largo plazo: el teatro, para tal día; la comida, para tal fecha; pero uno no puede estar pendiente de esas menudencias. El caso es que sois las primeras en reprendernos si dejamos de atender a nuestros asuntos y a nuestras relaciones, y al mismo tiempo queréis tenernos

en casa, a vuestra disposición, cuando os conviene; sois incomprensibles, verdaderamente incomprensibles.

MARÍA ANTONIA.—Sí; somos muy raras las mujeres. No hay quien nos entienda. Desde el lunes sabía de sobra que hoy debíamos comer aquí, y precisamente para hoy...

PEPE.—¿Quieres que no vaya? Corriente; no iré, no voy.

MARÍA ANTONIA.—Irás; vaya si irás; ahora soy yo quien lo desea. No tengo gana de verte con mala cara toda la noche.

PEPE.—Sí, que tú, vaya o no vaya, tendrás que ver en unos días.

MARÍA ANTONIA.—¡Si yo pongo mala cara por cualquier cosa!

PEPE.—¡Si yo doy a cada paso motivo para que la pongas!...

ISABEL.—Pero ¡por Dios! ¡Qué chiquillos!

PEPE.—Antes de salir podías haber anunciado que traías preparada esta escena.

MARÍA ANTONIA.—En marchándote se ha concluido. Cuanto más pronto... Y si me hubieras dejado venir sola como yo quería, se hubiera evitado.

PEPE.—Es que me importa mucho que Isabel y tu padre no crean...

MARÍA ANTONIA.—No te importe nada. Papá te dará siempre la razón. Isabel es demasiado prudente para intervenir entre nosotros...

GONZALO.—No sé por qué dices eso... Le doy la razón porque supongo que tiene razón; porque me pongo en su caso.

MARÍA ANTONIA.—Eso, sí; en su caso...

GONZALO.—En su caso, sí; en su caso. Estoy seguro de que solo por un verdadero compromiso deja hoy Pepe de comer con nosotros.

MARÍA ANTONIA.—Sí; es un asunto muy serio y muy importante para él. Ya ves, para un agente de negocios, asistir a la lectura de una zarzuela...

PEPE.—Es de un íntimo mío, y la idea de la obra es casi mía, y el empresario es compañero mío, y, ¡señor!..., si mi única afición es el teatro, es lo único que me distrae de mis ocupaciones, de mis asuntos fastidiosos. Yo, por mi gusto, hubiera sido actor, y si tuviera tiempo escribiría cosas para el teatro, y no serían peores que otras muy aplaudidas. Se me ocurren cosas muy nuevas... Sobre todo, no me equivoco nunca: me basta con ver un ensayo de cualquier obra para saber si aquello gusta o no gusta. Si yo fuera empresario, ganaría mucho dinero.

MARÍA ANTONIA.—Pero ¿habéis visto nada más ridículo? No piensa más que en el teatro, mejor dicho, en un teatro.

PEPE.—En un teatro, en un teatro... Porque el empresario de ese teatro es amigo mío.

ISABEL.—Es gracioso, Pepe, es gracioso. Yo no sospechaba en ti ese entusiasmo.

PEPE.—Es mi chifladura... Después de todo, es más inocente que otra cualquiera. ¿No es verdad?

GONZALO.—Todas las chifladuras son inocentes. Pero, la verdad, yo creí que era más serio el motivo que te impide comer con nosotros.

MARÍA ANTONIA.—¿Lo ves? Cuando ni papá te defiende... Lo importante que será esa lectura y la falta que harás tú en ella...

PEPE.—Sí, volveré; diré a los amigos que la dejen para otro día o que prescindan de mí... Voy corriendo... Pero estás con mala cara; no demos el espectáculo delante de gente, ¡por Dios!, que es lo más desagradable...

GONZALO.—(*Bajo, a PEPE.*) Sí, corre; yo te prometo que la sobremesa no será larga. Yo también tengo que salir. No disgustes a María Antonia.

PEPE.—Sí, vuelvo; conste que vuelvo.

MARÍA ANTONIA.—Haz lo que gustes.

PEPE.—Hasta ahora; no hables mal de mí.

MARÍA ANTONIA.—Descuida.

PEPE.—Isabel, tú, que eres mujer razonable, dile a María Antonia...

ISABEL.—Sí, hombre, si; no tengas cuidado; pero si no piensas volver, dilo...

PEPE.—No; que vuelvo, que vuelvo; he dicho que vuelvo. (*Sale PEPE.*)

ESCENA III

Dichos, menos PEPE

GONZALO.—Ahora vas a decirme toda la verdad. Isabel asegura que no eres dichosa, que estás quejosa de tu marido... ¿Por qué son esas quejas? ¿Qué fundamento tienen?

MARÍA ANTONIA.—Ninguno. Fue una tontería mía decirle a Isabel ni a nadie... Es que me parecía ridícula esa afición que le ha entrado a Pepe por el teatro; porque a un amigo suyo, a ese tronera de Castrojeriz, que está en relaciones con no sé qué tiple, se le haya antojado concluir de arruinarse metiéndose a empresario, para que su amor luzca todo lo que hay que lucir delante del público, no es razón para que Pepe no salga del teatro en todo el día, como si fuera el apuntador o el director de orquesta... Con decirnos que ya vienen a casa a pedirnos recomendación para que contraten artistas y representen obras... Ayer tuve yo que recibir a una señorita que quería ser del coro, con su mamá...

ISABEL.—Sería graciosa la entrevista.

MARÍA ANTONIA.—Empeñada la mamá en que la niña me cantara la romanza de «El cabo primero».

GONZALO.—Todo eso es ridículo y molesto si quieres; pero si no es más que eso... Pepe se ha educado sin ver mundo. Su padre, que era muy severo, le obligó a trabajar desde muy joven; es natural que ahora se divierta con cualquier niñería. Se le ha presentado la ocasión de conocer un teatro por dentro... ¡Un teatro! Para él, que no ha visto nada... Estará encantado; pero eso no tiene nada de particular; hay mucha gente muy respetable que ni por su posición ni por su carrera tiene nada que ver con el teatro, y se pasa las horas en saloncillos y escenarios, muy al tanto de cuanto se estrena y cuanto se ensaya. A nuestro médico, sin ir más lejos, siempre que le necesitamos hay que enviarle recado al teatro, y el diagnóstico de las enfermedades lo explica siempre del mismo modo: Si es una cosa ligera: «¡Pchs!, esto no es nada; podrá asistir al estreno de mañana.» Si es algo más grave: «¡Caramba!, esto es muy serio; me parece que se queda usted sin ver el estrenito.» Y ya ves, es una persona seria y muy digna y un excelente médico.

MARÍA ANTONIA.—No te canses en convencerme; ya sé que Pepe tendrá siempre en ti el mejor defensor.

GONZALO.—De lo que yo quiero convencerte es de que has elegido el peor sistema, el de aburrirte con enfados y quejas, si quieres evitar que busque distracciones lejos de su casa y de ti.

ISABEL.—Eso es verdad.

GONZALO.—¿Es que estás celosa? ¿Sospechas que te engaña?

MARÍA ANTONIA.—Si lo sospechara lo sabría en seguida; y una vez segura, desde antes de casarme, tengo muy pensada la conducta que había de seguir.

ISABEL.—Malo es tener pensado ni previsto nada en la vida; sin querer nos encariñamos con la actitud que pensamos tomar cuando llegue el caso previsto, y el caso llega, tal vez, porque deseábamos que llegara. No, no prevengas nunca resoluciones; la vida nos sorprende siempre, y sin nuestra intervención lo resuelve todo, y es siempre sabia y siempre justiciera. Si alguien nos engaña, aunque el engaño parezca que causó la desventura de toda nuestra vida, si en verdad y en conciencia podemos decir: «No merecí el engaño», ya somos más felices que quien nos engañó. Yo creí siempre que la única tristeza sin consuelo en la vida es la tristeza que se ha merecido.

GONZALO.—Es verdad. ¿Oyes? Bueno, es muy tarde. Voy a vestirme antes de que vengan los convidados. Es que nos hemos propuesto recibirlos con cara de funeral.

MARÍA ANTONIA.—No. ¿Por qué? No hay que hablar más de esto. Son tonterías mías. Tienes mucha razón; mis quejas son ridículas. Debo ser muy dichosa..., y lo seré.

GONZALO.—Debes serlo. No hay motivo para que no lo seas. (*Vase.*)

ESCENA IV

ISABEL y MARÍA ANTONIA

MARÍA ANTONIA.—¿Por qué le has dicho nada a papá? Yo no quería que supiera...

ISABEL.—¿Vas a tener más confianza conmigo que con tu padre?

MARÍA ANTONIA.—¡Ya lo creo! Tú puedes comprenderme; los hombres no sienten como nosotras; como ellos dan tan poca importancia a sus aventuras, como ponen tan poco del corazón en ellas, juzgan que a nosotras aún deben importarnos menos. Y se engañan. Por un gran amor, por una pasión violenta, aún puede disculparse que todo se olvide y que nuestra tristeza, nuestros celos, nuestra humillación, nada importen ni valgan; pero que no duden en causarnos pena por un capricho que para ellos significa muy poco, eso es lo que no tiene disculpa; eso es lo que demuestra cómo nos estiman.

ISABEL.—Pero ¿es que Pepe...?

MARÍA ANTONIA.—Sí, sí; me engaña como un miserable; porque su engaño empezó cuando yo debía ser más respetada, si no por mujer, por madre de su hijo. Dios no ha querido que lo fuera, y quién sabe lo que pudo influir la horrible pena de una traición tan cruel y tan cobarde...; una mujer cualquiera... Por eso no sale de ese teatro.

ISABEL.—¡Ah! ¿Es por eso?

MARÍA ANTONIA.—Sí; él cree que yo no lo sé. Su amigote, Castrojeriz, le saca dinero para la empresa; será la ruina y el ridículo, que yo no he de soportar con paciencia, te lo aseguro; yo no soy como tú.

ISABEL.—¿Como yo?

MARÍA ANTONIA.—¡Sí, pobre Isabel!... ¡Pobre madre-cita mía!... ¡Tan buena y tan mártir como mi madre!... Desde muy niña, la vida no tuvo secretos para mí; sola, con mi padre, sin él, mejor dicho, porque le veía muy poco; entre ayas y criados, que no se recataban de mí para murmurar de cuanto sabían; el único cariño, el de tía Rosario, y ese cariño consistía en un odio profundo hacia mi padre; la hermana de mi madre no le perdonó nunca, y sin compasión de mi inocencia, implacable en su odio, no pensó nunca en el daño que podía hacerme destruyendo en mí el respeto a mi padre y la confianza en su cariño. Hasta después de muerta quiso legarme su odio; y al morir, con gran misterio, me entregó unas cartas, cartas de mi madre, encomendándome que no las leyera hasta después de casada.

ISABEL.—¿Y esas cartas?

MARÍA ANTONIA.—¡Qué triste, madre mía! ¡Que vida de martirio la de mi pobre madre! Has de vedas y comprenderás que no quiera confiar mis penas a mi padre; que se abra solo a ti por entero mi corazón y que lllore desesperada por haberle entregado a un hombre miserable, traidor..., como todos.

ISABEL.—Como todos, no.

MARÍA ANTONIA.—Déjame creer que lo son todos, porque aún podría ser más desgraciada si creyese que alguno no lo era.

ISABEL.—¿Qué quieres decir? No me lo has dicho todo. ¿No vas a engañarme? En tu tristeza hay más rebeldía que resignación por eso me asusta. Tu quisiste a otro hombre antes que a Pepe, le quisiste mucho; dices que desde muy niña la vida tuvo pocos secretos para ti; acaso no comprendiste por qué debías separarte de aquel hombre; acaso no has podido olvidarle...

MARÍA ANTONIA.—Sí; comprendí, debí comprender. Ya veis que acepté sin discutir vuestras razones. No era preciso que Enrique se hubiera alejado de mí para que yo le olvidara.

ISABEL.—Entonces es el cariño de otro hombre que te acecha, te persigue... Tu corazón está amenazado, lucha... ¿Y quién es ese hombre? No, no no lo digas; ahora recuerdo: sin darte cuenta has repetido demasiado su nombre en estos días para que yo no adivine, con razón, dónde está el peligro. Pero tú no puedes creer en ese cariño; tú no puedes hacerte traición a ti misma, porque al dolor del desengaño piensas que la única satisfacción es la venganza; no, no será mientras creas en mí como creerías en tu madre. Ella desde el cielo, yo a tu lado, sabremos defenderte, y bien puedes creer en las dos. Leíste esas cartas de tu madre; ya sabes cuál es mi vida entonces, la misma tristeza para las dos; no puede ser más la tristeza de tu vida, que no sea menos tu resignación... ¡Laura! Seca esas lágrimas, se burlaría de nosotras.

ESCENA V

Dichos y LAURA

LAURA.—¡Querida Isabel! ¡María Antonia!

ISABEL.—¡Qué guapa! ¡Qué elegante!

LAURA.—¿Sí? Como haya querido ponerme la doncella; ni me he mirado al espejo. He llevado un día... Siete horas de coche acabo de pagar en este momento. Todo por amor a la Humanidad.

ISABEL.—Siempre con tus juntas y sociedades benéficas.

LAURA.—Soy vicepresidenta de dos, secretaria de tres y tesorera de cuatro. Y eso es lo de menos; lo peor es que siempre me encomiendan los asuntos difíciles. Laura, usted que no tiene familia; usted que no tiene hijos; usted que no tiene que pensar en nada..., y mi familia y mis hijos es todo el mundo, y yo tengo que pensar en todos. En fin, de algún modo hay que rescatar la culpa o la desgracia de ser solterona.

ISABEL.—¡Por Dios! En ti, ni culpa ni desgracia. Es que para tu gran corazón la casa y la familia no bastarían; tu genio pide mayores empresas.

LAURA.—Eso es una vulgaridad. Yo gobierno mi casa y me parece que es un modelo de orden. Además, tú sabes si hago vida de sociedad.

ISABEL.—Y te sobra tiempo para tocio; es admirable.

LAURA.—Es que no soy de espíritu encogido como...

MARÍA ANTONIA.—Como nosotras, ibas a decir.

LAURA.—No; como la mayor parte de las mujeres. Claro que la casa y la familia son cosas muy respetables y para la mujer las más atendibles; pero no conviene tampoco un espíritu demasiado casero. Si yo me hubiera casado, hubiera impulsado a mi marido a las empresas más atrevidas, en vez de acobardarle y atarle como hacen casi todas, como hacéis vosotras.

MARÍA ANTONIA.—¿Nosotras?

LAURA.—Sí, sí; con el talento de tu padre y sus condiciones de posición, de familia, debía ser un personaje; debía ya estar harto de ser ministro y lo que le diera la gana. ¿Sabes lo que le ha faltado a tu padre en su vida? Una mujer.

MARÍA ANTONIA.—Pues no son esas nuestras noticias.

LAURA.—Digo una mujer que fuera lo menos mujer posible. A los hombres superiores no se les puede querer como a los demás hombres. Al lado de un hombre de talento, el cariño debe velar como al lado de un enfermo: a distancia y en silencio, para cuando el enfermo llame y nada más. Importunarlos con zalamerías o con celos o con menudencias caseras es un crimen. Perdonadme el discursito, pero desde que llegué estoy percibiendo en el aire el disgusto doméstico; tenéis las dos unos ojos de haber llorado...

MARÍA ANTONIA.—Pues te equivocas; sí, hemos llorado; pero no eran disgustos, son recuerdos.

LAURA.—Sí, sí; no os conoceré yo; algún asunto grave; que si llegó una carta; que si el marido salió sin decir adonde iba; que si se retrasó en volver... Alguna escena por cosas así.

MARÍA ANTONIA.—No me remuerde la conciencia de haber malogrado ningún genio, con mis escenas, en mi señor marido.

LAURA.—No hablo de tu marido. Pepe es un muchacho de muy poco mundo; listillo, pero nada más. Pero tu padre, con su inteligencia, con su don de gentes, con su ilustración...

ISABEL.—Sí, ya lo sabemos; no le ha faltado más que una musa inspiradora que yo no he sabido ser,

LAURA.—No te molestes. Pero ahora mismo le ofrecen la dirección en París de esa sociedad, gran idea suya, una sociedad que está llamada, por los negocios que abarca, a dominar en todo el mundo, a ser arbitro de la Banca, y, por tanto, de la política y de los destinos de Europa, y sé que tú, en vez de animarle para que acepte, te asustas ante la idea de dejar tu casa, de salir de España.

ISABEL.—No soy ambiciosa... María Antonia no lo es tampoco. Somos bastante ricas para permitirnos el lujo de vivir tranquilas entre nuestros afectos y nuestras relaciones de toda la vida. Gonzalo acepta la representación en Madrid, y está muy satisfecho.

MARÍA ANTONIA.—¡Marcharos a París! ¡No faltaba más!... ¡Separarnos!...

LAURA.—Podíais ir vosotros también. Pepe podía desempeñar algún cargo de confianza.

MARÍA ANTONIA.—¡Mi marido en París! No, gracias... Con la afición que le ha entrado al teatro.

LAURA.—¿Al teatro? ¿Qué me dices?

ISABEL.—Tonterías de María Antonia.

LAURA.—¡Ah, vamos! Serás capaz de tener celos de alguna cómica, porque te haya dicho alguna amiga chismosa que ha visto a tu marido dos noches en cualquier teatro. ¡Que ridiculez!

MARÍA ANTONIA.—Pues sí, soy muy ridícula, soy celosa, soy mujer; quisiera tener a mi marido muy sujeto y muy pegadito a mis faldas. Como yo no soy como tú, y, por tanto, no he tenido gracia para hacer de mi marido un Napoleón, un Bismarck o cualquier otro talento por el estilo, cuando sale de casa y tarda en volver más de lo justo, no me consuela la idea de que habrá conquistado un reino o habrá descubierto la dirección de los globos.

ESCENA VI

Dichos, CARMEN, LUISA y RAMÓN-

ISABEL.—Carmen, con su marido y Luisita. ¿Cómo va? ¡Luisita! ¡Querida!

CARMEN.—¿No llegamos tarde? Ramón viene riñendo.

RAMÓN.—¡Calle usted! La «toilette» de las señoras es inaguantable. ¡Tres horas para vestirse! Y siempre igual. Luego quieren que las abone al teatro. ¿Para qué? Cuando tengo interés en ver una comedia o en oír una ópera, tengo que dejarlas en casa; con ellas, ya se sabe, al segundo acto lo más pronto. ¿No es una tontería gastarse un dineral para eso?

MARÍA ANTONIA.—¡Qué mona estás, Luisita!...

LUISA.—Ya oyes a papá. Como he estado tres horas componiéndome... ¡Qué exageración!

RAMÓN.—¿Y Gonzalo?

ISABEL.—Saldrá en seguida... ¿Qué noticias de Enrique?

RAMÓN.—Ninguna. No hemos tenido carta. No sé en qué piensa ese muchacho.

CARMEN.—(*Bajo, a ISABEL.*) YO sí Ya le diré a usted, Isabel. Estoy muy disgustada. No quiero que sepa nada Ramón; ya le conoce usted.

LAURA.—¿Ha estado usted en Bolsa esta tarde?

RAMÓN.—Sí, no hay nada; está tranquila.

LAURA.—Tengo que consultar a ustedes. Tengo un proyecto en la cabeza; no sé si será un disparate.

RAMÓN.—No; usted siempre sabe lo que hace, querida Laura; puede usted andar sola por el mundo.

LAURA.—Bien solita ando..., gracias a los consejos y a la buena amistad de ustedes.

CARMEN.—Me admira esa resolución que tiene usted para los negocios. A mí me asusta solo pensar en ellos. Si por desgracia me quedara sola, me sería imposible decidirme, como usted, a vender, a hacer jugadas de Bolsa.

LAURA.—¡Pobre de mí si hubiera pensado lo mismo! Mi padre me dejó un capital muy modesto, que ya hubiera desaparecido si yo me hubiera acobardado ante los negocios. Por fortuna, confié a Gonzalo mi capital, y en sus manos se ha duplicado en poco tiempo.

RAMÓN.—Y ya verá usted, ya verá usted, con la nueva sociedad constituida; la esfera de nuestros negocios se ensancha y sobre bases muy seguras; nada de castillos en el aire.

LAURA.—Ya lo sé, ya lo sé; todo el mundo lo dice. Estoy encantada. (A ISABEL y a CARMEN.) Parece mentira que a ustedes no les interese.

RAMÓN.—Sí, sí; hable usted a las mujeres de esas cosas. Mi mujer todavía, como ha visto y sabe lo que cuesta empezar, aún lleva algún orden en el gasto de la casa; pero Luisita, como nació cuando todo era holgura, cree que el dinero llueve del cielo, y si la dejáramos salirse con todos sus caprichos de niña mimada, nos arruinaría en dos meses.

LUISA.—¿Y me preguntabas si tenía novio? Ya ves, con los informes espontáneos que da papá, cualquiera se anima.

RAMÓN.—¡Novio! ¡Novio! Cualquiera es el valiente que se atreve con una niña de estas. No es natural que ningún hombre joven se halle en posición muy brillante; empieza a luchar en su carrera o en sus negocios, no heredó todavía; pues en esas condiciones cargue usted con -una señorita acostumbrada a lucir y a gastar sin haber sabido nunca lo que cuesta ganar el dinero. Antes, para cualquier muchacha aun de la clase más elevada, el matrimonio significaba el primer vestido encargado a una modista, la primera ropa blanca de lujo, las primeras alhajas de precio, la verdadera presentación en sociedad; pero ahora, todo lo contrario: casarse, para ellas, es reducirse, es venir a menos, es tener peor casa, peor mesa, peor servicio, sustituir el coche propio por un simón o por el tranvía, es reformar diez veces un traje y catorce un sombrero, es oír al marido que se gasta mucho, que no podemos vivir así; y los maridos dicen estas cosas con otra cara y otro tono que los padres. Y si hay hijos, las mujeres de ahora no saben criarlos sino a fuerza de dinero; entre nodrizas, ayas y médicos a cada paso, apenas estornuda el chiquillo..., y un dineral en batistas y en encajes, para educarlos bien desde pequeñitos..., ¡y qué sé yo!..., hasta un sacerdote francés para enseñarles a rezar, porque ya no saben hacer ni eso las madres del día... Conque a ver quién es el bravo que se casa con un sueldo de los que se usan en España y una renta de las que aquí llamamos modestitas.

LUISA.—Papá cree que el dinero es la razón suprema de todo.

LAURA.—Y cree muy bien. El dinero no puede hacer que seamos felices; pero es lo único que nos compensa del no serlo.

ESCENA VII

Dichos y GONZALO

GONZALO.—Amiga Laura, tanto gusto... Carmen... ¿Cómo estás, Luisita? ¡Hola, Ramón! ¿Qué hay de cosas? ¿Alguna novedad?

RAMÓN.—Todo va bien.

LAURA.—Muy enfadada con usted, porque es usted un ingrato.

GONZALO.—Ya sé por qué lo dice usted; porque no contesté a su última consulta. No le convenía a usted de ninguna manera vender en esas condiciones. En caso afirmativo, me hubiera apresurado a ponerme a sus órdenes.

LAURA.—Ya sabe usted que tengo fe ciega en usted.

GONZALO.—Me temo que confíe usted demasiado; no soy infalible.

LAURA.—Siguiendo a usted en su suerte, me arruinaría gustosa.

GONZALO.—No lo sentiría yo menos, aunque fuera por seguirme, como usted dice.

LUISA.—(*Bajo, a MARÍA ANTONIA.*) Pero Laura es que está loca por tu papá; no lo disimula. No sé cómo Isabel lo tolera.

MARÍA ANTONIA.—No tiene importancia. Es una pasión platónica y bursátil. Eso sí, nadie como Laura sabría poner tanto fuego y tanta expresión en frases tan prosaicas como estas: «¿A cómo quedó el Exterior? ¿Y el fin corriente? ¿El Amortizable?» Figúrate a Romeo y Julieta discutiendo en la ventana una cotización de Bolsa, en vez de discutir si es el ruiseñor o la alondra el que canta.

LUISA.—¡Qué importaría! La escena sería la misma; el cariño sabe hablar con todas las palabras, por vulgares y prosaicas que sean.

ESCENA VIII

Dichos, JOSEFINA y ADOLFO

MARÍA ANTONIA.—(*A LUISA.*) El matrimonio de París. Ya verás: dos figurines.

ADOLFO.—Señores... (*A ISABEL.*) Querida señora...

ISABEL.—¿Cómo va, Josefina?...

GONZALO.—Permítanme ustedes que los presente. Ramón, Adolfo Barona, hijo de nuestro corresponsal.

RAMÓN.—Sí, sí; ya sé; su padre es gran amigo mío, el gran Barona.

GONZALO.—Su esposa. Presenta a la tuya y a tu hija.

RAMÓN.—Mi mujer, mi hija. Aunque no hayamos tenido el gusto de vernos hasta ahora, debemos considerarnos como antiguos amigos, como familia. Su padre de usted es como un hermano para mí y para Gonzalo; trabajamos juntos desde muy jóvenes, usted lo sabe.

ADOLFO.—Sí, sí. Mi papá me hablaba siempre de ustedes. Parece que se han divertido ustedes mucho en su tiempo, que han hecho ustedes muchas... barbaridades...

RAMÓN.—¡Hombre, barbaridades!...

ADOLFO.—Bueno, «de... bêtises». Quise decir tonterías...

RAMÓN.—Eso, vaya...

GONZALO.—Aunque habla muy bien el castellano, sin acento alguno, para el tiempo que ha vivido en París, a veces no domina el valor de las palabras.

ADOLFO.—En casa, con mi padre, hablo siempre español; pero la costumbre de pensar en francés sin querer, hago..., ¿cómo se dice?... «une gaffe», Josefina, «une gaffe»...

JOSEFINA.—Meter la pata. ¿No dicen ustedes así?

MARÍA ANTONIA.—Sí, así se dice... (*Bajo, a LUISA.*) Y dicho y hecho.

GONZALO.—Josefina es la que habla muy bien, como una madrileña de pura raza.

JOSEFINA.—No, ¡por Dios!, no se queden ustedes conmigo, eso es una tomadura de pelo.

MARÍA ANTONIA.—Se ve que el castellano no tiene secretos para ella.

GONZALO.—Es muy graciosa. ¿Y está usted más contenta en Madrid?

RAMÓN.—¿Es que no le gusta a usted?

JOSEFINA.—Sí, me parece muy agradable. Hemos hecho las visitas de presentación; muy amable todo el mundo.

ADOLFO.—¡Ah, sí; muy amable! Pero las casas, ¡qué mal tenidas! ¡Qué falta de «confort», de gusto! La de ustedes es excepcional.

ISABEL.—No lo crea usted.

ADOLFO.—¡Ah, sí! Hay aquí buen gusto; hay aquí la mano de una mujer artista, delicada, todo es armonioso. ¿En qué casa hemos visto un salón con muebles Imperio y pinturas Luis Quince? ¡Qué horrible!... ¿Cómo se dice, Josefina?... «Mélange».

JOSEFINA.—Revoltijo. ¿No es así?

MARÍA ANTONIA.—Sí, así es. (*Bajo, a LUISA.*) Pero ¿con quién hablaría español en París esta señorita?

ADOLFO.—A mí estas faltas de gusto me enervan. Y las damas también en sus «toilettes» son algo «criardes».

MARÍA ANTONIA.—Chillonas...

ADOLFO.—Eso es, gritonas. ¿Qué señora nos ha recibido con un «tea-gown» azul Niza y lazos grandes amarillos?... ¡Horrible! Yo la hubiera desnudado.

JOSEFINA.—Adolfo tiene un temperamento artístico.

ADOLFO.—La vida sin arte es una triste cosa. Y la «toilette» es media mujer; una «toilette» encontrada puede ser un poema.

LUISA.—(*Bajo, a MARÍA ANTONIA.*) ¿Quién te parece la madame en este matrimonio de París?

RAMÓN.—(*Bajo, a GONZALO.*) ¿Y a ese chico es a quien tú quieres que confiemos nuestra gerencia en Madrid?

GONZALO.—¿Por qué no? Es muy inteligente. Ya te convencerás. Habla así por agradar a las señoras.

RAMÓN.—Pues ahora parece más tonto, porque demuestra conocer muy poco a las mujeres.

GONZALO.—¡Bah! Al lado de su padre ha trabajado siempre en los negocios. El cargo no requiere gran inteligencia.

RAMÓN.—Pero es de gran responsabilidad, y teniendo aquí a Jiménez...

GONZALO.—Jiménez está contento con su puesto... ¿Cómo vamos a negar a Barona lo que pide para su hijo?

RAMÓN.—¿Lo que pide? Si no pide nada. A mí me escribió que su hijo venía a Madrid en viaje de recreo de novios.

GONZALO.—Pues a mí me ha dicho el muchacho que el objeto de su padre al enviarle era el obtener ese puesto. Parece que antes de casarse había tenido en París relaciones con una mujer de cierta clase, y no le conviene residir allí por ahora...; es una exigencia de su mujer.

RAMÓN.—¡Vamos! De su mujer... y tuya... Te conozco: desde que entró, comprendí que te interesaba.

GONZALO.—¡Qué idea! Yo no sé qué os habéis figurado... Iba yo a atreverme..., una muchacha recién casada... con el hijo de un amigo...

RAMÓN.—Sí, sí; que tú respetas esas cosas.

GONZALO.—¿Eh?

RAMÓN.—Yo creo que. a la única mujer que has respetado ha sido a la mía, y no es que crea en ti; es que creo en ella.

GONZALO.—No digas tonterías... Mañana, en la junta, propondrás conmigo ese nombramiento, y no hay más que hablar.

LAURA.—(A ADOLFO.) Y dígame usted..., ¿qué se opina en Francia de las acciones de Panamá? Yo compré unas cuantas en excelentes condiciones, y todo el mundo me asegura que son de gran porvenir.

ADOLFO.—Es un negocio que duerme, pero el día que despierte... Otro canal de Suez... (Fijándose en los pendientes de LAURA.) ¿Permite usted? ¡Preciosas perlas! He visto pocas de oriente tan puro... y yo me entiendo en perlas... La perla es la joya femenina por excelencia.

LAURA.—Las que heredé de mi tía Leonor, son las únicas alhajas que tengo. Es una tontería gastarse el dinero en alhajas, un dinero muerto. Se van a comprar y cuestan un dineral; va uno a venderlas...

JOSEFINA.—Veo que tiene usted un talento muy práctico, yo también; todo lo contrario de mi marido, que tiene alma de artista y se gasta todo el dinero en cosas inútiles.

MARÍA ANTONIA.—Y eso que ha vivido siempre entre gente de negocios.

ADOLFO.—Por eso mismo los detesto. ¡Ah! La vida sin poesía, sin ideal...

JOSEFINA.—Le digo a usted que tenemos cambiados los papeles.

MARÍA ANTONIA.—(A LUISA.) Ya lo habíamos conocido.

JOSEFINA.—Adolfo se pasa la vida soñando.

GONZALO.—Hace muy mal.

JOSEFINA.—¿Por qué?

GONZALO.—Porque soñar..., es dormir. Y no es esa la actitud que corresponde a un marido novel.

JOSEFINA'.—«Shocking». En España no hablan ustedes nunca seriamente. Por eso empiezo a no fiarme de usted.

GONZALO.—¿De mí?

JOSEFINA.—De su palabra. ¿Ha recomendado usted a sus socios el nombramiento de Adolfo?

GONZALO.—Ahora mismo hablaba de ello; es cosa seguía.

JOSEFINA.—Veremos. Sentiría reñir con usted...; pero si usted quiere torearne...

GONZALO.—¡Ja, ja!...

JOSEFINA.—¿Se ríe usted? ¿He metido la pata?

GONZALO.—Me río de su lenguaje.

JOSEFINA.—¿No es correcto?

GONZALO.—Es graciosísimo.

JOSEFINA.—No se ría usted de mí. Es usted un guasón que quita el sentido.

GONZALO.—Qué más quisiera yo. Adorable, adorable.

MARÍA ANTONIA.—Pero ¿ven ustedes esa mujer? ¡Qué descaró! Está coqueteando con papá, como si aquí existiera el divorcio. ¡Y el marido tan fresco!... Por las señas está explicando a Laura y a Luisa la caída de alguna falda... ¡Qué pareja!

RAMÓN.—Querida Isabel, debe usted prevenir a su marido. Se empeña en que demos un puesto de gran responsabilidad a ese joven; dice que su padre le recomienda a ustedes, ¿no es cierto? El padre sabe demasiado que su hijo es un pobre tonto; se empeñó en casarse con esta muchacha de familia y de antecedentes algo escabrosos, y le envió a Madrid para que se le colocara, pero no en cargo de tanta importancia. Aconseje usted a Gonzalo.

ISABEL.—¿Yo? Carmen me conoce. Nunca me permito aconsejarle y menos oponerme a su voluntad. Nada fío ni espero de las palabras, por cariñosas y bienintencionadas que sean. Para conseguir algo más que promesas de enmiendas, olvidarlas cada ocho días, hay que hacer algo más que hablar...

RAMÓN.—Ya...; pero usted ¿qué hace, amiga mía?

ISABEL.—¿Yo? Resignarme y esperar.

RAMÓN.—¡Pobre Isabel!

ESCENA IX

Dichos y un CRIADO; después, MANUEL

CRIADO.—Con permiso... Esta carta (*Dádosela a MARÍA ANTONIA.*), para la señorita.

MARÍA ANTONIA.—¿No espera contestación?

CRIADO.—El que la traía no hizo más que dejarla.

MARÍA ANTONIA.—Está bien. (*Vase el CRIADO.*) De Pepe. No necesito leerla. Excusándose de venir: lo que yo sabía, lo que yo esperaba.

ISABEL.—Pero lee...

MARÍA ANTONIA.—¿Para qué? Léela tú... ¿No es eso?

ISABEL.—En efecto, que los amigos no le dejan, que la lectura es urgente.

MARÍA ANTONIA.—Sí, sí. Enterados.

LUISA.—¿No viene tu marido?

MARÍA ANTONIA.—Toma, guarda esta carta para que se la leas a tu novio..., cuando le tengas; le servirá para después de casado...; todos hacen lo mismo.

LUISA.—¿Todos? No. Yo no lo creo. Si te hubieras casado con Enrique, si...

MARÍA ANTONIA.—¡Calla, calla! Sé lo que vas a decirme. No me hables de Enrique, te lo suplico; me hace daño.

LUISA.—¡Pobre hermano mío! ¡Me escribe tan triste!

MARÍA ANTONIA.—¡Tan triste! Tristes todos... ¡Que Dios perdone a los que sin pensar, por capricho, por aventuras como estas que ahora distraen a mi marido, causan para toda la vida la tristeza de quien no tiene culpa.

LUISA.—¿Qué quieres decir?

MARÍA ANTONIA.—Nada, nada. (*Entra MANUEL.*)

MANUEL.—¡Señores! ¿Soy puntual? ¡Isabel!...

ISABEL.—Por hoy, sí, y lo agradezco, porque hoy no somos todos de casa.

MANUEL.—Ya sé... Presénteme usted.

ISABEL.—Don Manuel Arenales... Monsieur Adolfo Barona, su esposa...

MANUEL.—Encantado..., encantado...

GONZALO.—Aquí tienen ustedes un madrileño neto. Acabará de levantarse; empieza su vida a estas horas.

MANUEL.—¿Por qué no? La medida del tiempo es puramente caprichosa; ¿por qué ha de marcar la salida del sol el principio del día? Yo soy galante, y concedo ese privilegio a la luna. Me someto al eterno femenino.

LAURA.—¿Cuántas veces me he horrorizado al encontrarle a usted de madrugada cuando yo iba a mis asuntos de mis conferencias y de mis juntas!...

MANUEL.—¿Usted iba a sus asuntos a esas horas? Pues yo regresaba de los míos. Ya ve usted para quién estaba el día más adelantado.

LAURA.—Calle usted, le detesto. Es usted el oprobio de la clase de solteros. ¿Para qué sirve usted en el mundo?

MANUEL.—Que otros lo pregunten... Para que cada lunes y cada martes me mande usted billetes para sus funciones benéficas y listas de suscripciones a todas sus obras piadosas, a todo lo cual, broma aparte, contribuyo gustoso, querida Laura.

LAURA.—Ya lo sé, y por esa puertecilla puede ser que consigamos salvarle a usted y halle usted indulgencia a sus muchos pecados.

MANUEL.—Ya sé que Pepe no come con nosotros.

MARÍA ANTONIA.—¿Le ha visto usted?

MANUEL.—Sí, acabo de verle.

MARÍA ANTONIA.—¿Dónde?

MANUEL.—En la calle de Alcalá.

MARÍA ANTONIA.—¿Iría con unos amigos?

MANUEL.—No, iba solo.

MARÍA ANTONIA.—Solo, y dice en su carta...

MANUEL.—¿Qué?

MARÍA ANTONIA.—Nada..., nada... Solo, ya lo oyes, iba solo.

GONZALO.—¿Qué indiscreto eres! A los casados no se nos ve nunca en ninguna parte, cuando no vamos con nuestra mujer.

MANUEL.—¿Indiscreto? Porque he dicho que le he visto en la calle y solo... ¿Iba a decir que le he visto subir a Fornos con unos amigos y unas amigas... de los tres, tuyas, tuyas y mías?

GONZALO.—¡Mías, no; haz el favor!

MANUEL.—Supongo que las conoces. ¿A qué mujer no conocerás tú? (*Entra el CRIADO.*)

CRIADO.—La señora está servida.

ADOLFO.—Los tonos de moda, «le dernier cri», toda la gama de los amarillos..., azufre..., limón..., naranja..., yema de huevo..., albaricoque...

RAMÓN.—Pero este hombre no sabe hablar más que de trapos o de golosinas.

MARÍA ANTONIA.—No lo crea usted..., de trapos siempre...; es divertido.

ISABEL.—(A GONZALO.) Un momento, Gonzalo. Como esa señora se sienta a tu lado, supongo que insistirá en el nombramiento de su marido...

GONZALO.—¡Qué tenemos!

ISABEL.—Nada... Es que Ramón se opone a que eso sea, y se opondrá en la junta de accionistas.

GONZALO.—Ya he visto que conspirabais.

ISABEL.—¿Yo? Es que quiero evitar que te pongas en ridículo. Por ti, solo por ti, ¿lo entiendes? De mí, ¿qué me importa? ¡Una vez más! Estoy acostumbrada... ¡Haz lo que quieras, como siempre!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CARMEN y RAMÓN. Dentro se oye hablar a los demás personajes. Piano

RAMÓN.—He comido muy bien, amiga mía; he comido muy bien.

ISABEL.—Y yo me alegro.

CARMEN.—¿Quién toca el piano? Ahora no es Luisita.

ISABEL.—No; es el joven recién casado, y toca muy bien, con mucho gusto.

RAMÓN.—¿Por eso conociste que no era Luisita?

CARMEN.—Ese joven es un estuche. Su mujer debe de ser muy dichosa.

RAMÓN.—Pues no lo parece.

ISABEL.—¡Bah! ¿Por qué?

RAMÓN.—Mire usted, Isabel, yo soy muy franco. Esa parejita es lo único que no he podido pasar de la comida; los tengo aquí.

CARMEN.—¡Qué cosas dices! No haga usted caso.

ISABEL.—Las antipatías y las simpatías son instintivas.

RAMÓN.—¡Parece mentira que este chico sea hijo de Barona!; un hombre tan serio, un carácter enérgico; verdad es que él siempre se lamentaba de su mujer, que le había educado muy mal a los hijos; y este, ¡con quién ha ido a casarse! Mire usted. Isabel, yo soy muy claro.

CARMEN.—¡Ramón, por Dios!...

RAMÓN.—¿Por Dios, qué? Somos como de la familia; Isabel es para mí, ¡qué sé yo!, como una hermana; tengo yo hermanos a quien no quiero tanto; a Gonzalo le quie-

ro mucho también; toda la vida trabajando juntos; para mí ha sido siempre muy bueno. Tiene sus defectos; pero bueno, ¿quién no los tiene? A mí no me ha molestado nunca con ellos: ¿para qué voy a quejarme? Ahora sí, querida Isabel, teniendo Gonzalo las mismas noticias que yo tengo de esta joven casada con el hijo de nuestro amigo y corresponsal, permítame usted que le diga que no ha debido presentarla en su casa de usted.

CARMEN.—¡Ramón! ¡Ramón!

RAMÓN.—Yo sé lo que digo.

ISABEL.—Dice usted que Gonzalo sabe...

RAMÓN.—Claro está; la madre de esta muchacha es una cualquier cosa; una española que se escapó de París con un viajante. Esta joven quiso dedicarse allí al teatro, ¡qué digo al teatro!, al café-concierto, una trapisonada. Después, entre la madre y la hija envolvieron a este pobre tonto... Y mire usted, eso de que ahora venga aquí a dárselas de señora a la sombra de ustedes y de nuestras hijas, no me parece que deban ustedes consentirlo, y Gonzalo hace muy mal en autorizarlo. Y esa plaza que pretende no la tendrá mientras mi voto signifique algo. Y, sobre todo, yo la quiero a usted mucho, ya lo sabe usted, y estaré siempre de su parte, siempre.

ISABEL.—Gracias, Ramón; muchas gracias. *(Se levanta, y lentamente pasa y entra en la habitación donde se supone que están los demás.)*

CARMEN.—Si no le conociera, no sabría qué pensar de estas expresiones de sobremesa. ¿Para qué pones a Isabel en cuidado?

RAMÓN.—Serás capaz de creer que hablé así por algún excesillo de champaña.

CARMEN.—No, ya sé que no; pero me da pena la pobre Isabel.

RAMÓN.—Y a mí también, y la conducta de Gonzalo me indigna; por eso no puedo callarme. Bueno que al hombre no se le deba exigir una fidelidad tan absoluta como a la mujer en el matrimonio; pero que no pase de una aventurilla ligera, de tarde en tarde, que no comprometa mucho; pero eso de no hallarse nunca sin algún amorío..., con una mujer como Isabel... ¿Y tienes valor para quejarte alguna vez de mí?... Compara, compara.

CARMEN.—¿Yo de ti? No...

RAMÓN.—Sí, sí; las mujeres tenéis mucha imaginación; sois muy dadas a la novela. ¿Ves a Isabel, con ese aire de mártir? Pues en el fondo le halaga, le complace que su marido sea así; esas historias de amores, de mujeres locas por él; eso de no tenerle nunca seguro, le realza a sus ojos, le poetiza y, créelo, Isabel está cada día más enamorada de su marido, como no lo estaría seguramente al cabo de algunos años de matrimonio, si Gonzalo fuera un marido... como yo: un marido sin accidentes ni novela. Con franqueza, ¿a que tú no me has agradecido nunca mi fidelidad inverosímil? ¿A que no puedes creer que ha sido virtud, sino falta de gracia para seducir y enamorar? Sí, sí; estoy seguro. Tú no me quieres como Isabel a Gonzalo; yo soy un burguesote lodo prosa, que no sabe más que trabajar, hacer cuentas, pensar en el porvenir de sus hijos, que si, lo que Dios no permita, alguna bribona me trastornara el juicio, aunque no fuera más que media hora, ¡qué sé yo!..., me parecería que os robaba a ti y a mis hijos, y aunque vosotros me perdonarais, yo no podría perdonarme nunca.

CARMEN.—Sí; hay cosas que no se las perdona uno nunca. Pero no mortifiques más a Isabel. ¿Tú crees que ella no ha notado, como todas, las coqueterías de esa mujer con su marido?

RAMÓN.—¡Coqueterías! ¡Coqueterías!... ¡«Coqueterías» y poquísima lacha, como diría ella; esa es la palabra!

CARMEN.—¡Vuelve Isabel! ¡Por Dios, calla!

ESCENA II

Dichos, ISABEL y MANUEL. CARMEN y RAMÓN siguen hablando aparte, y a poco pasan al saloncito donde se supone están los otros personajes

ISABEL.—(A MANUEL.) Pero ¡qué torpe es usted, amigo mío! Hace media hora que le estoy tirando a usted de la manga para que me siga usted aquí, y usted sin entenderlo. Tengo que hablar con usted.

MANUEL.—Pero ¿usted no ha observado que María Antonia me tiraba de la otra con más fuerza para que no viniera, porque también deseaba hablar conmigo?

ISABEL.—Pero entre la madre y la hija, aunque el corazón se incline a la amable juventud, la cortesía debe sacrificarse a la respetable ancianidad.

MANUEL.—En este caso, el corazón y la cortesía estaban de acuerdo; pero los tirones de María Antonia eran terribles; estoy satisfecho, siempre en mi papel.

ISABEL.—¿En su papel? ¿Qué papel es el de usted?

MANUEL.—Pero ¿no lo sabe usted, querida amiga? El de confidente universal, el de amigo de todo el mundo; mejor dicho, el de amigo de los amigos de todo el mundo; algo así como la Central de Teléfonos, a la que nadie se dirige más que para pedir comunicación. El papel, como usted ve, no es muy lucido.

ISABEL.—Pero muy necesario.

MANUEL.—Eso decía Cervantes de un cargo muy parecido al mío: que era necesario en toda república bien ordenada.

ISABEL.—Ahora no pido comunicación; al contrario, procuro interrumpirla.

MANUEL.—¿No digo?... De todos modos, estación intermedia siempre.

ISABEL.—Usted es muy amigo de Federico Reinoso, el escritor.

MANUEL.—¡El soñador, querrá usted decir!

Isabel.—Más temible. Los que escriben sus sueños se quedan muy descansados, pero los que sueñan, no escriben y quieren vivir lo que sueñan, ni descansan ni dejan descansar. Creen que la vida es una página en blanco, que ellos pueden emborronar a su capricho.

MANUEL.—Sin rodeos: usted sabe que Federico...

ISABEL.—Sí; que está locamente enamorado de María Antonia. Que usted es su confidente.

MANUEL.—Su consejero.

ISABEL.—Buenos consejos...

MANUEL.—Naturalmente. Estimo en mucho a María Antonia. Sé cuanto vale el buen ejemplo en la educación, y María Antonia solo ha tenido ejemplo de virtud en su madre, primero; después, en usted.

ISABEL.—Pero si el ejemplo de virtud lo es también de tristeza, ¿usted cree que a los veinte años puede afrontarse con resignación la perspectiva de toda una vida muy

triste, sobre todo cuando el corazón no está defendido por un amor tan apasionado, tan ciego, que haga parecer las tristezas más dulces que alegrías?

MANUEL.—Es verdad. María Antonia no se casó muy enamorada. Pero Pepe es un buen muchacho. Algunas ligerezas sin importancia...

ISABEL.—¡Ligerezas-! Ligerezas como esas han sido causa de que María Antonia no pueda nunca ser dichosa. Por eso me asustan las ligerezas; por eso quiero evitar que María Antonia pueda, cometerlas. Ella tiene mucha confianza en usted... Usted es íntimo de Federico... Dígame usted con lealtad todo lo que usted sepa... Su amigo de usted, ¿le habla mucho de María Antonia?

MANUEL.—Eso, sí; siempre. Está locamente enamorado.

ISABEL.—Pero ¿él espera?...

MANUEL.—¡Qué me pregunta usted! Yo sólo puedo aconsejarle bien y para ello no tengo más que repetirle las reflexiones que tantas veces he debido hacerme a mí propio.

ISABEL.—Es verdad... Ese gran amor de su vida, al que todavía permanece usted fiel. Pues, en nombre de ese amor que sintió usted por la madre de María Antonia, y que fue todo adoración y respeto, ayúdeme usted a proteger a la hija de la mujer que usted quiso tanto.

MANUEL.—Y respeté siempre.

ISABEL.—Por eso pudo usted hacer del recuerdo de ese amor la religión de su vida. ¿No vale más así? Confío en usted; no puedo ocultarlo, tengo miedo por María Antonia; advierto en ella algo que me hace temerle todo. Sea usted bueno conmigo; adviértame usted del menor peligro. ¡Mire usted que quiero a María Antonia como si fuera hija mía!

MANUEL.—Lo sé. Descuide usted. Federico no puede sospechar el interés que me lleva en este asunto y se confía a mí por completo.

ISABEL.—Gracias, amigo mío, amigo bueno, amigo leal.

MANUEL.—Amigo de todo el mundo. ¡Siempre amigo! La gente vive a mi alrededor; torios aman, o luchan, o sufren..., y a mí me lo cuenta... Y así vivo.

ISABEL.—Con el recuerdo de ese gran amor... Ya es algo.

MANUEL.—No fue amor... Fue también una gran amistad.

ESCENA III

Dichos y MARÍA ANTONIA

MARÍA ANTONIA.—¿Secretean ustedes?

ISABEL.—Trae cara de fuga. ¿De qué se habla por allí dentro?

MARÍA ANTONIA.—¡Qué sé yo! No me importaba. Manuel, no acabó usted de contarme esa historia, y era muy divertida.

ISABEL.—¿Qué historia?

MARÍA ANTONIA.—De Federico Reinoso; rarezas suyas, locuras de artista.

ISABEL.—Ahora no va tanto por vuestra casa, ¿verdad?

MARÍA ANTONIA.—No; tuvo una discusión con Pepe; una discusión de arte; se acaloraron... Pepe, cuando se acalora, no sabe lo que se dice.

ISABEL.—¿Pepe sólo?

MARÍA ANTONIA.—Federico es un hombre muy bien educado, incapaz de una incorrección, ¿verdad, Manuel? (A ISABEL.) Tú le has tratado muy poco.

ISABEL.—En cambio, oigo hablar mucho de él.

MARÍA ANTONIA.—¿Sí?... ¿A quién?

ISABEL.—A ti. Creo habértelo advertido ya. ¿Es que no te das cuenta? Pues mira que puede ser que no sea yo sola quien lo haya notado.

MARÍA ANTONIA.—No será Pepe, que seguramente estará como un Otelo cuando se trata de alguna de esas princesas de teatro. Tratándose de su mujer, como todos los maridos, le parezco tan insignificante que no se preocupa por nada; le dirían que cualquiera estaba enamorado de mí, y no lo creería.

MANUEL.—Exagera usted. ¿Verdad que exagera?

MARÍA ANTONIA.—Sí, sí, sí... Me abruma las pruebas de cariño, de consideración. Soy muy dichosa, ¡muy dichosa! ¿No ha notado usted lo alegre y lo comunicativa que he estado toda la noche?

MANUEL.—Al principio, sí. Yo le pregunté a Isabel; ¿qué le ocurre a María Antonia que está tan contenta?

MARÍA ANTONIA.—¡Contentísima!

ISABEL.—Era alegría nerviosa, esa falsa alegría con que tratamos, más que engañar a los demás, de engañarnos a nosotros mismos, en el primer instante de una gran tristeza. Las grandes tristezas son así; se clavan tan hondo, tan hondo, en el corazón, que parecen perdidas, y el mismo corazón no las siente, con asombro nuestro; pero dura poco el engaño; están bien clavadas para toda la vida: primero es llanto, quejas, rabia quizá; después... es la resignación, una sonrisa; una sonrisa triste, dolorosa, como una herida abierta siempre.

MARÍA ANTONIA.—Isabel sabe de esas tristezas y de esas sonrisas. (*Se oye reír dentro.*)

MANUEL.—¡Qué divertidos!

MARÍA ANTONIA.—Algún éxito de papá. Está ocurrentísimo. Mírenle ustedes, mírenle ustedes, rodeado de todas ellas, todas en adoración ante él. Desde Carmen, la que debió ser modelo de esposas si no hubiera tropezado con papá en su camino, y Laura, tan calculadora y tan metalizada, y la recién casadita, que aunque es algo loca, no lleva más que dos meses de casada..., ya ven ustedes: hasta Luisa, recién salida del cascarón, con su primer vestido largo, ahí la tienen ustedes extasiada ante el eterno Don Juan. Hay para pintar un cuadro, un cuadro simbólico. Es lo que yo le digo a Isabel: de lo que le ocurre a papá *con* las mujeres no tiene él toda la culpa.

MANUEL.—No; créanlo ustedes. Eso de enamorar es un don, algo genial. Tengan ustedes por seguro que los mayores conquistadores son los que ponen menos de su parte por serlo. ¿Recuerdan ustedes aquello de Don Juan: ...«Uno, para enamorarlas, otro, para conseguir las...»? A mí no me digan, eso no es natural; para eso hay que llamarse Tenorio; a Don Luis ya debían costarle el doble las conquistas..., y al Capitán Centellas y Avellaneda, ¡no digamos!; esos tienen trazas de no haber enamorado a nadie en su vida; por eso se entretienen en apostar por los amigos. Yo siento mucho estos papeles.

ESCENA IV

Dichos, CARMEN, LAURA, JOSEFINA, LUISA, GONZALO, RAMÓN y ADOLFO

LAURA.—Venimos huyendo de tu marido. Nos ha escandalizado.

MARÍA ANTONIA.—Ya veo que huyen ustedes, pero con él...

LAURA.—Es que aquí no se atreverá a repetir lo que nos ha dicho. ¡Qué hombre! Verdad es que cuando se dicen las cosas bien, todo puede decirse.

MARÍA ANTONIA.—Y aun cuando se digan mal; cuando parece bien el que las dice, todo puede escucharse.

JOSEFINA.—Tiene la mar de gracia. Yo me he reído los imposibles.

MARÍA ANTONIA.—(A MANUEL.) Menos mal que no ha dicho las tripas.

ADOLFO —Oye, Josefina, ¿te parece el momento de anunciar mis imitaciones de artistas de París o algún monólogo o «petite fantaisie»?

JOSEFINA.—De ningún modo. Esta gente es muy seria. No descuides a la señora de la casa; su simpatía puede importarnos mucho; dile algún cumplimiento sobre su «toilette».

ADOLFO.—Los he agotado todos.

JOSEFINA.—Y procura intimar con don Ramón. ¿No dices que era tan amigo de tu papá? Pues no lo parece. Ha estado muy poco expresivo contigo, y cuando le pedí que influyera en tu favor me contestó de un modo...

ADOLFO.—«Helas! Ma petite femme!» Me parece que nuestras ilusiones...

JOSEFINA.—¡Cállate ya!... Sería lo primero que yo me propusiera... Tú déjame a mí.

ADOLFO.—Sí, te dejo; sí, te dejo. *(Siguen hablando.)*

GONZALO.—(A CARMEN.) Procure usted convencer a Ramón de que no hay inconveniente en conceder ese puesto a este chico. Se trata del porvenir de un matrimonio enamorado. Todos podemos contribuir a su felicidad, usted que es tan buena...

CARMEN.—Se lo ruego a usted, Gonzalo; con usted no es posible saber nunca si habla usted en burlas o en veras; pero burlas o veras, no pretenda usted mi complicidad en sus combinaciones. Yo solo puedo decirle a usted que hace usted mal. Gonzalo, hace usted mal, ahora... y siempre.

GONZALO.—¿No perdonará usted nunca?

CARMEN.—Lo he perdonado todo. Yo sí que no puedo perdonarme. A pesar mío, debí seguir tratando a usted como amigo, porque no estamos solos en el mundo, y cuando se casó usted con Isabel, para considerarme algo menos indigna de su amistad, creía que debía confesárselo todo. Aunque no fue en su ofensa, bastaba para que me hubiera cerrado las puertas de su casa, justificando con todo el mundo el motivo o exponiéndome a no poder justificarlo... Pero supo perdonarme o compadecerme, a lo menos, ¿y cree usted que puedo corresponder a su generosa lealtad con la sombra siquiera de una traición que Isabel no merece de nadie, de usted y de mí mucho menos?

GONZALO.—Pero ¿quién dice que es una traición lo que yo propongo? ¿O es que la amistad de Isabel le hace a usted participar de sus celos?

CARMEN.—¡Oh! Sí, tiene usted derecho a creerlo. ¿Por qué ha de parecerle a usted más verdadero el arrepentimiento de ahora que la virtud de entonces?

GONZALO.—No he querido ofender a usted.

CARMEN.—Lo supongo. No es usted tan cruel. Piense usted que aún no he llorado bastante a solas, para que no me cueste mucho todavía contener mis lágrimas delante de todos.

ADOLFO.—(A LUISA.) Mandaré a pedir esos vales y todo lo que usted quiera.

LUISA.—Para destruirlos, porque ya ha visto usted que soy una calamidad.

ADOLFO.—Será falta de estudio, de práctica, porque tiene usted condiciones... ¡Oh, sí! Condiciones de gran pianista; tiene usted dedos, tiene usted corazón, siente usted la música; no le falta a usted más que aprovecharse de todo eso... y tocar. Y la música es la medicina del alma; cuando está uno triste, no hay nada que consuele como la música. Si no hubiera sido por la música, yo no hubiera podido soportar mis amores con Josefina... ¡Cuántas contrariedades! Todo se oponía a nuestro amor..., una novela, señorita. Nuestras familias, Capuletos y Montescos...; nosotros, Romeo y Julieta. Hubo un día en que pensamos morir como ellos para que nos sepultaran en la misma tumba.

LUISA.—¿Sí? ¡Qué felices serían ustedes!

ADOLFO.—¿Usted no ha amado nunca, señorita?

LUISA.—Nunca, nunca. ¿No ve usted que papá me espanta a todos los pretendientes? En seguida les pregunta con qué cuentan, y los más simpáticos son precisamente los que no cuentan con nada. En cambio, los que tienen dinero y quieren casarse en seguida, ya se sabe, todos tontos de capirote.

GONZALO.—(A ISABEL y MARÍA ANTONIA.) ¿Vosotras no queréis venir al teatro? Hemos pensado ir a ver esa pieza nueva que ha gustado tanto. A Josefina y Adolfo les divertirá mucho, es muy española; cantan y bailan jotas y tangos.

ADOLFO.—¡Oh! ¡Ya lo creo! La música y las danzas españolas me entusiasman. Nosotros hemos sido siempre españoles de corazón. En París, yo siempre que iba a un baile «masqué»..., ya se sabe: de torero.

MANUEL.—¿De toreador?

ADOLFO.—¡Ah! Un traje precioso, auténtico, de peluche «rose», «paillete» de oro y verde, el fígaro con claveles bordados, el sombrero redondo con su cocarda roja, embozado en mi gran capa española, y en la faja mi gran espada para matar al toro.

MARÍA ANTONIA.—(A JOSEFINA.) ¿Y usted?

JOSEFINA.—Yo, de Carmen.

MARÍA ANTONIA.—¿Con la navaja en la liga?

JOSEFINA.—No, no se hubiera visto. En el peinado, un cuchillo precioso atravesado en el pelo, así, entre dos peinas, con la hoja brillante abierta, y un letrero grabado que decía: «¡Tu corazón!»

RAMÓN.—¡Anda, salero!

ADOLFO.—También decía eso: ¡Anda, salero! Se lo escribiría a usted papá.

RAMÓN.—Sí. No tenemos que escribirnos otras cosas cuando nos escribimos.

GONZALO.—Si hemos de ir al teatro... (A ISABEL.) TÚ has dicho que no quieres venir, ¿verdad?

ISABEL.—Sí, ya lo has oído.

MARÍA ANTONIA.—(Bajo, a ISABEL.) Sí, ya lo ha oído..., pero tú no se lo has dicho.

ISABEL.—(A JOSEFINA.) Ustedes perdonarán... Sería despedir a estos amigos.

GONZALO.—(A RAMÓN.) ¿Si quieres acompañarnos?

RAMÓN.—Nosotros, no. Yo tengo que pasar un instante por el Casino; vosotras podéis acompañar un rato más a Isabel; en seguida os mandaré el coche

LAURA.—Yo también me retire; tengo que madrugar mucho. ¡La de cosas que debo hacer mañana!

MANUEL.—¿Sí? Dígame usted el itinerario para hacerme el encontradizo.

LAURA.—¿Piensa usted madrugar?

MANUEL.—Pienso no acostarme.

LAURA.—Pues verá usted. Tengo que ir al Banco a firmar.

MANUEL.—Allí no me encontrará usted. Sería inverosímil.

LAURA.—Después, a una junta; después a la sopa.

MANUEL.—Allí puede que me encuentre usted el mejor día.

LAURA.—Después... ¡Ay! Digo que ya debía haber ido hoy a llevar a San Antonio la participación que le ofrecí en un décimo de la Lotería.

MANUEL.—¿Le ha tocado a usted la Lotería?

LAURA.—Nada, un premio chiquitín, treinta pesetas.

RAMÓN.—¿Y qué le corresponde al santo?

LAURA.—¡Dos pesetas! ¡Pobre santo mío, es más bueno!...

RAMÓN.—Y de la última venta de acciones, ¿no le dio usted participación? Porque de eso sí le hubiera correspondido un buen pico.

LAURA.—No tomen ustedes a broma estas cosas.

RAMÓN.—Las acciones, ¿verdad?

LAURA.—No, señor, a los santos.

RAMÓN.—No, amiga mía; la que parece que los toma a broma es usted.

GONZALO.—Cuando ustedes quieran...

RAMÓN.—(*Despidiéndose.*) Isabel, siempre suyo.

ADOLFO.—Señora, hasta muy pronto. El placer de visitar a ustedes es tan grande, que abusaremos de él con frecuencia.

JOSEFINA.—Acabarán ustedes por decir que somos unos pelmazos.

MARÍA ANTONIA.—De ningún modo.

ADOLFO.—(*A CARMEN y LUISA.*) Señora, señorita..., encintado..., encantado... (*A LAURA.*) Recibirá usted los figurines. (*A LUISITA.*) Y usted los figurines y los vales.

GONZALO.—Carmen..., Luisita, muy buenas noches.

Hasta luego, Isabel.

LAURA.—(*A ISABEL.*) Tardaremos en vernos. En toda esta semana no se puede contar conmigo. ¿Usted se queda, Manuel?

MANUEL.—Un ratito todavía. (*Saludos, despedidas, etcétera.* *Salen* LAURA, JOSEFINA, GONZALO, RAMÓN y ADOLFO.)

ESCENA V

ISABEL, MARÍA ANTONIA, CARMEN, LUISA y MANUEL

MANUEL.—¿Dejamos que lleguen siquiera al portal para murmurar?

ISABEL.—No lo permito. Ya sabe usted que no me agrada.

MARÍA ANTONIA.—¡Qué matrimonio!. Estos son de los que vienen decididos a la conquista de Madrid y se salen con la suya. Ya lo verán ustedes. (*Pausa.*)

MANUEL.—¡Que silencio!

LUISA.—Habrá pasado un ángel.

MARÍA ANTONIA.—O un demonio. ¿Quién sabe? Cuando se calla tan a menudo suele ser porque todos piensan en lo mismo, y no es preciso hablar para entenderse.

CARMEN.—Puede que tengas razón.

MARÍA ANTONIA.—Yo dejo a ustedes.

ISABEL.—¿No esperas a Pepe? Decía en su carta que vendría a buscarte.

MARÍA ANTONIA.—Sí, sí; puedo esperarle sentada. Sabe Dios a qué hora se descolgará. Y si viene y no me encuentra, mejor.

ISABEL.—Espera un poco. Sí vendrá.

MARÍA ANTONIA.—No, no; por lo mismo. Además, estoy muy nerviosa, de muy mal humor. ¿Para qué voy a ocultarlo? Tengo una idea, y cuando yo tengo una idea, hasta que no la veo realizada...

ISABEL.—¿Qué será? ¡Dios mío! Me asustas.

MARÍA ANTONIA.—Ya lo sabrás. Hasta..., hasta mañana, sí, hasta mañana. Carmen, Luisita...

ISABEL.—Que te acompañe Manuel.

MARÍA ANTONIA.—¿Para qué? Si él está aquí muy a gusto, muy tranquilo...

MANUEL.—¡No faltaba más! Voy con usted; señora, Luisita, Isabel...

ISABEL.—¿Cumplirá usted su palabra?

MANUEL.—Descuide usted.

CARMEN.—Adiós, María Antonia; que se calmen tus nervios; no sabes lo que siento verte triste.

MARÍA ANTONIA.—Lo sé... Adiós, adiós... ¿Vamos?

MANUEL.—Cuando usted quiera. (*Salen los dos.*)

ESCENA VI

ISABEL, CARMEN y LUISA

CARMEN.—¡Pobre María Antonia! Son las primeras desilusiones de su matrimonio.

ISABEL.—Las más tristes, las más crueles. Nosotras sabemos algo de esto, ¿verdad? Luisita nos escucha asustada. No te asustes, eres muy niña; por mucho que te advierta nuestra experiencia triste, no perderás ahora ninguna de tus ilusiones, no evitarás después ningún desengaño. Nadie aprende a vivir por la experiencia ajena. Lo mismo que tú a nosotras, oímos nosotras a nuestras madres, y nuestras madres oirían a las tuyas, y todas entregamos el corazón enamorado con la misma fe y las mismas ilusiones. La vida sería aún más triste si al empezar a vivir supiéramos ya que solo vivíamos para renovar el dolor de los que vivieron antes.

LUISA.—María Antonia no debió casarse con Pepe; ¡para ser feliz, solo debe una casarse muy enamorada! Yo no me casaré de otro modo; con un hombre a quien yo quiera con toda mi alma, que me quiera lo mismo, y entonces, ¿qué razón habrá para que no seamos muy felices? Como lo hubiera sido María Antonia si se hubiera casado con Enrique. ¡Pobre hermano mío! Fue una locura de los dos; yo no he podido

comprender todavía por qué dejaron de quererse. Supongo que la culpa fue de Enrique. Alguna ligereza suya que María Antonia no quiso perdonar.

CARMEN.—Calla, hija mía... No sabes cómo me atormenta...

ISABEL.—¿Y qué dice Enrique? ¿Qué les escribe a ustedes?

LUISA.—Escribe muy triste. ¡Papá le despidió con tanta severidad! Es muy severo con todos nosotros. Cree que no le queremos bastante.

CARMEN.—Ramón es muy bueno; pero cree que no puede darnos mayor prueba de cariño que trabajar sin descanso para enriquecernos. Cuando rechaza con mal humor una caricia de sus hijos, porque está preocupado con algún negocio, quisiera que sus hijos agradecieran el mal humor, porque representa unos cuantos miles que gana para ellos.

LUISA.—No sabe agradecer que el corazón no sepa tanto de cuentas.

CARMEN.—A mí también llegaron a parecerme odiosas. Después, a costa de muchas tristezas, ya sé que si el cariño verdadero existe, solo está en esa prosa de la vida, y entre su aridez y su vulgaridad hay que saber encontrarlo, si no queremos llorar toda la vida algún error irreparable.

ISABEL.—Los hombres, siempre egoístas, siempre indiferentes a nuestros sentimientos... Pero estamos asustando a Luisita; esta noche vas a soñar con algún matrimonio desgraciado, como cuando somos chicas y hemos oído cuentos de ladrones o fantasmas. No, no hagas caso de nosotras, no te preocupes; son cuentos de viejas... ¡Ah! Pepe cumple su palabra, y María Antonia, que no quiso esperarle...

ESCENA VII

Dichos y PEPE

PEPE.—¿Cómo va, Carmen? ¡Luisita, estás guapísima! ¿Y María Antonia?

ISABEL.—Creyó que no venías... Dijo que tenía mucho sueño y no quiso esperarte.

PEPE.—Sí. Habrá estado de un humor toda la noche...

ISABEL.—Nerviosilla. Y esa lectura, ¿era tan interesante?

PEPE.—No, no era interesante, no lo preguntes con intención; pero era un compromiso de amistad... María Antonia no se hace cargo de nada.

ISABEL.—Y los hombres tampoco os hacéis cargo de nada. No es que yo dé la razón a María Antonia, pero hemos de hablar los dos. Por primera vez, sin título absoluto para ello, voy a sentirme suegra.

PEPE.—En otra ocasión, porque ahora voy corriendo a casa; quiero que María Antonia sepa que he venido temprano.

ISABEL.—Espera un momento. No será larga la conferencia.

CARMEN.—¿Quiere usted preguntar si ha vuelto nuestro coche?

ISABEL.—No es secreto, no se retire usted por eso; ustedes son de la familia... Porque estén ustedes delante no he de hablar menos seria con Pepe, ni él ha de oírme con menos paciencia.

CARMEN.—Por lo mismo que hay confianza entre nosotros, dejamos a ustedes. Que la reprensión no sea tan pública y que sea más severa. (ISABEL llama y sale un CRIADO.)

ISABEL.—¿Sabe usted si espera el coche de la señora?

CRIADO.—Sí, señora; llegó hace un rato.

CARMEN.—Adiós, entonces..., Isabel... Pepe, tenga usted la seguridad de que será por su bien cuanto Isabel le diga.

PEPE.—No lo dudo, señora... Si María Antonia fuera como ella...

CARMEN.—Cierto; si todos fuéramos como ella...; pero quién sabe las lágrimas que le ha costado ser como es.

LUISA.—Isabel...

ISABEL.—Adiós, hija mía... Y perdona si hemos empañado un poco el cielo de tus ilusiones. Es que hoy había nubes. (*Salen CARMEN y LUISA.*)

ESCENA VIII

ISABEL y PEPE

PEPE.—¿Qué ha dicho María Antonia? ¿Qué dice de mí? ¿En qué motivos funda su disgusto?

ISABEL.—No dice nada; no funda su disgusto en ningún motivo particular... Es inquietud, presentimiento de algo que tú mismo has de confesar, que todos hemos tenido motivos para conocer, y una mujer antes que todos.

PEPE.—Pues no hay razón; todos estáis equivocados.

ISABEL.—¡Bah, Pepe! Fingimientos conmigo... Di que te importe más o menos; que por la importancia que tú le des juzgas la que debe darle tu mujer y debemos darle los demás; pero no digas que no hay algo y que tu vida no ha variado por completo de algún tiempo a esta parte. La mejor cualidad que tenéis los hombres es que no sabéis fingir; la vanidad hace siempre traición a vuestra prudencia y aun a vuestro interés. La mujer más humilde podía ser enamorada de un rey, y es posible que nadie lo supiera por ella; pero ¡desdichada la reina enamorada de un hombre cualquiera! El se encargaría de contárselo a todo el mundo, aunque le fuera la vida en ello.

PEPE.—Si tienes esa opinión de nosotros...

ISABEL.—En serio, Pepe... Si el cariño no sacrifica nada, ¿en qué podemos distinguirlo de la indiferencia? Yo sé bien que para los hombres, sin propósito de vuestra parte, hay siempre mil ocasiones de aventuras, en las que no ponéis nada de vuestro corazón...; pero atormentáis el de la mujer que os entregó el suyo por entero, con todas sus ilusiones, para toda su vida. Los hombres os creéis muy seguros de vosotros mismos; antes de comprenderlas, ya fijáis el límite a vuestras aventuras de amor y pretendéis que esa seguridad sea también la nuestra; pero del corazón no puede responderse nunca, es peligroso jugar con él, ni con el propio ni con el ajeno. Resignarse es muy difícil, lo sé por experiencia..., y acaso no es virtud, es temperamento; pero hay quien no se resigna y protesta y lucha. ., y ya te lo dije, con el corazón no se debe jugar, es muy peligroso.

PEPE.—Pero ¿cómo podría yo convencerte? ¿Quién puede haberte dicho...?

ISABEL.—¡Pobre Pepe! Pero ¿crees que a mí puedes engañarme? Al lado de mi Don Juan, el que yo tengo..., ¿qué valen tus recursos ni tus protestas? Y solo con mirarle a la cara lee de corrido en su pensamiento.

PEPE.—¿Y crees que todos somos lo mismo? Empiezo a sospechar que eres tú quien pone en cuidado a María Antonia.

ISABEL.—Si eres capaz de creerlo, te aseguro que no volveré a decirte una palabra. Me intereso por vuestra felicidad, quise avisarte a tiempo. ¿No lo agradeces?... Bien está. ¿Qué es eso, María Antonia?

ESCENA IX

Dichos y MARÍA ANTONIA

PEPE.—¡María Antonia! ¡Qué significa!

ISABEL.—¿Cómo vuelves?

MARÍA ANTONIA.—No quería que me encontrases en casa, pero me alegro de encontrarte aquí. ¿No me esperabas? Ya te dije que tenía una idea, y que no dormiría tranquila hasta salir con ella... Mira... (*Arrojando unas cartas y irnos retratos.*) Ya sabes lo que es, ya la conoces...

PEPE.—¡María Antonia!

ISABEL.—¿Qué has hecho?

MARÍA ANTONIA.—Ahora niega; ahora di que son mis nervios de niña mal criada; ahora di que no es posible soportarme, que no te dejo vivir... ¿Qué más vida quieres? Mira..., mira..., retratos, cartas... ¡Qué caprichosos todos! ¡Qué bonitos!

PEPE.—¿Qué locura! ¡Si eso quiero, que Isabel se entere de todo, que juzgue si hay motivo para esta escena de celos de sainete!... ¿Unas cartas? Muy interesantes... Cartas que se le escriben a cualquiera, a un amigo..., cartas de una artista..., retratos de artistas..., porque no es una sola ni de una sola persona.

MARÍA ANTONIA.—Sí. sí; pero no todos son lo mismo.

PEPE.—Crearás que tienen mucho valor para mí estos tesoros. Antes de ahora los hubieras visto si no hubiera estado seguro de que antes, como ahora, creerías lo mismo.

MARÍA ANTONIA.—Si no hubiera podido ver nada ni antes ni ahora, no tenía que creer nada. ¡Que las cartas no dicen nada! ¡Ya lo creo!... Lee cualquiera, esta... «Como te dije ayer...» Otra... «Como ya sabes...» Y aquí... «Como quedamos ayer...» Cada carta supone una entrevista, y es claro, para qué decir si estaba todo dicho. ¡Si no tienen nada de particular!

ISABEL.—¿Quién sabe?

PEPE.—Por eso las guardaba yo, y muy bien, cuando tan fácilmente has dado con ellas, entregándote por lo visto a la tarea de descerrajar mis muebles, con ayuda de algún criado tal vez, para mayor discreción.

MARÍA ANTONIA.—Nunca me olvido del respeto que me debo a mí misma. Me basto yo sola para averiguar lo que tengo derecho a saber de cualquier modo.

PEPE.—Y yo me alegraría si fuera para saber la verdad y para creerla, no para inventar lo que solo existe en tu imaginación.

MARÍA ANTONIA.—Sí; he soñado...; nada de esto es verdad, es que estoy loca, son los nervios; por eso he decidido ponerme en cura, y vengo aquí a buscar tranquilidad y reposo y olvido sobre todo.

PEPE.—Sí; te ha faltado tiempo para venir aquí a dar el espectáculo. ¿Qué dirá tu padre? ¿Qué dirá Isabel? ¿Qué dirá todo el mundo?

MARÍA ANTONIA.—Solo debías pensar en lo que yo digo. Y yo te digo que no vengo aquí a dar espectáculo de ningún género, sino, al contrario, a no dar ninguno, a quedarme aquí muy tranquila como si nada hubiera pasado, como si nunca nos hubiéramos visto, como si todo esto lo hubiéramos soñado. ¿Entiendes?

ISABEL.—¡María Antonia!

PEPE.—¿Qué estás diciendo? Pero ¿tú crees que eso es posible?

MARÍA ANTONIA.—LO veremos.

PEPE.—Claro está que lo veremos. ¿Puedes consentir que nos pongamos en ridículo ante tus padres, ante todo el mundo? Si por suposiciones fuera, yo también podía haber supuesto que, cuando un íntimo amigo mío se atreve a declararse a ti, es porque algo podía justificar ese atrevimiento.

MARÍA ANTONIA.—¿Oyes qué infamia?-

ISABEL.—¡Por Dios, Pepe! ¿Qué dices?

PEPE.—No; si yo no he creído ni puedo creerlo. Hallé un pretexto para distanciarle de mi amistad sin que a nadie pueda extrañarle, y no dirás que me di por entendido de nada ni que te ofendí nunca con la menor sospecha, como haces tú conmigo.

MARÍA ANTONIA.—¡NO faltaba más! No estamos en el mismo caso.

PEPE.—No lo sabemos. No es cuestión de motivos; cuestión de prudencia.

MARÍA ANTONIA.—Pero ¿te atreves a decir...? ¡Oh! ¡Qué infamia, qué infamia! Se atreve a decir que podía haber sospechado de mí... Y callaste por prudencia, ¿verdad? Pues esa prudencia es una prueba más de tu cariño..., porque, ya ves, yo no puedo callar; yo soy más imprudente.

ISABEL.—¡Por Dios, María Antonia!

MARÍA ANTONIA.—Hemos concluido; que me deje...; que se vaya..., yo me quedo aquí, en mi casa..., con mi padre..., contigo..., contigo, sobre todo. ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!

ISABEL.—No por mí, ¡por tu madre te lo suplico, reflexiona!, no puede ser.

PEPE.—No; es inútil. Estaba previsto: era lo que buscaba, un escándalo.

MARÍA ANTONIA.—Sí, he sido yo...; ¡son mis nervios, mis nervios!

ISABEL.—¡Silencio! Vuelve tu padre...; por lo que más quieras, que no se entere, que no sepa... Pepe, ¡por Dios, María Antonia!, que no os vea si no sois capaces de disimular.

PEPE.—Yo, por mí...

MARÍA ANTONIA.—Sí, sí; lo seré. Sabré fingir, ¡será por tan poco tiempo!...

PEPE.—Sí; mañana espero que podremos hablar con tus padres con más tranquilidad.

ISABEL.—Sí; mañana, mañana. ¡Por Dios, seca esas lágrimas!

ESCENA X
Dichos y GONZALO

GONZALO.—¡Hola, hola! ¿Todavía por aquí?

PEPE.—Sí; ya nos íbamos; es muy tarde; esperamos un poco para despedirnos de ti.

GONZALO.—Me fui al teatro con el matrimonio de París, por acompañarlos... ¿Y esa lectura?

PEPE.—¡Pchs!... No puede juzgarse por una lectura.

MARÍA ANTONIA.—Hasta mañana, Isabel; adiós, papá.

GONZALO.—¿Pasó ya el nublado?

MARÍA ANTONIA.—Sí, ya pasó todo.

GONZALO.—Tienes ojos de haber llorado... Las lágrimas del perdón...

MARÍA ANTONIA.—Sí..., o del arrepentimiento.

PEPE.—¿Piensas salir temprano mañana?

GONZALO.—No. ¿Por qué?

PEPE.—Para venir a verte. Isabel..., ¿piensas decirle algo?

ISABEL.—No lo sé; ahora no puedo pensar en nada... ¡Por Dios, Pepe!... María Antonia, ¡ten prudencia!; yo iré a verte mañana temprano. (*Salen PEPE y MARÍA ANTONIA.*)

ESCENA XI
ISABEL y GONZALO

GONZALO.—¡Qué!... Hubo escena, ¿verdad?

ISABEL.—No; como siempre... ¿Qué tal el teatro? ¿Se han divertido esos señores?

GONZALO.—Mucho. La música es bonita; muy agradable. A ella le ha encantado, ¡naturalmente!... ¡Bailan un tango!...

ISABEL.—Josefina habrá llamado la atención. Estaba muy guapa y muy bien vestida.

GONZALO.—Sí; todo el mundo miraba al palco. Ya sabes: en Madrid, cuando se ve una cara nueva...

ISABEL.—Y si la cara vale la pena...

GONZALO.—Voy a mi despacho a escribir unas cartas, antes de acostarme... Mañana tengo que madrugar.

ISABEL.—Pues no escribas esta noche.

GONZALO.—No tendré tiempo mañana. ¡Ahora que me acuerdo: le dije a Pepe que no saldría temprano y tengo que salir!

ISABEL.—¿Para qué?

GONZALO.—Para ver a Ramón antes de la junta.

ISABEL.—Sí; para convencerle de ese nombramiento.

GONZALO.—Y para otros asuntos... Voy a escribir esas cartas. (*Entra en el despacho.*)

ISABEL.—¡Oye!...

GONZALO.—(*Dentro.*) ¿Qué quieres?

ISABEL.—Nada, nada... (ISABEL llama y entra un CRIADO.) Avise usted a Lucila que vaya a mi cuarto. Voy a acostarme. (GONZALO canta dentro.) ¡Estás muy alegre!

GONZALO.—Es esa musiquilla que, sin querer, se pega al oído.

ISABEL.—Pero no será así, porque sería horrible.

GONZALO.—Es que ya sabes el oído que yo tengo. (Sigue cantando.)

ISABEL.—Nada, lo dicho; que estás muy alegre.

GONZALO.—¿Y sientes que esté alegre?

ISABEL.—No..., no... Tú sabrás por qué estás alegre. (Pausa. ISABEL rompe a llorar. GONZALO aparece de pronto, e ISABEL, al verle, procura serenarse.)

GONZALO.—Oye, Isabel; se me olvidaba decirte una cosa...

ISABEL.—¿Qué...? ¿Qué quieres?

GONZALO.—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras? Estabas llorando; ¿qué tienes?

ISABEL.—Nada, nada. No quería decírtelo, pero María Antonia está muy disgustada; está celosa; sabe que Pepe...

GONZALO.—¡Bah!... ¡Qué tontería! ¿Quién hace caso? Nervios de niña mimada.

ISABEL.—Es que... no sabes...

GONZALO.—Ni ahora quiero saber nada. Tengo que escribir cartas de negocios y no puedo preocuparme por esas menudencias... ¡Además, te lo he dicho: estoy muy alegre y no quiero ponerme triste!

ISABEL.—Haces bien; cuando se está alegre...

GONZALO.—Pero ¿qué te pasa? ¡Dichosos nervios! En seguida escribo esas cartas y me dirás todo lo que quieras... Hasta luego. (Entra en el despacho.)

ISABEL.—(Desde la puerta.) Hasta mañana.

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

ISABEL, CARMEN, LAURA, LUISA y GONZALO

ISABEL.—Nada, no sales; convénzanle ustedes, ayúdenme ustedes.

LAURA.—De ningún modo, no debe usted salir.

CARMEN.—Es una locura.

GONZALO.—Pero si me encuentro perfectamente y voy en coche y muy abrigado.

ISABEL.—Pero ¿qué tienes que hacer?

GONZALO.—Debo ir a las oficinas.

ISABEL.—¿Para qué? Ya sabes lo que te dijo Ramón, que no hacía ninguna falta que fueras.

CARMEN.—Ramón le tendrá a usted al corriente de todo. ¿Quedó en venir hoy? ¿No viene todos los días?

GONZALO.—Sí; pero es muy molesto para él, que ya tiene bastantes ocupaciones.

LAURA.—Vaya, no sea usted pesado. Es usted peor que un chico; si no está usted bueno todavía. Tiene usted mala cara.

ISABEL.—¿Verdad que sí? Y está muy débil, no se alimenta.

LAURA.—¿Y quiere usted salir? Fuera ese abrigo, venga el sombrero, ¡se acabó!; quietecito en casa. Y si se pone usted pesado, le acostamos a usted a la fuerza.

GONZALO.—Como ustedes quieran. No porfío.

LAURA.—¡Pues está bueno el día! Yo he tenido que hacer mi visita a los pobres y creí que me llevaba el aire.

ISABEL.—El doctor le ha dicho que no debe salir todavía.

LAURA.—Mire usted que hay una de pulmonías embozadas... Es una de morirse gente conocida...

GONZALO.—Pues si se muere tan buena gente... ¿Y qué es lo que se lleva ahora para morirse?

LAURA.—No bromea usted con esas cosas. ¿Y dices que no se alimenta?

ISABEL.—Nada. No sé cómo puede tenerse.

LAURA.—Eso no puede ser. Ahora mismo va usted a tomar cualquier cosa. ¿Qué le apetece a usted?

GONZALO.—Pero, querida amiga...

LAURA.—A la fuerza. (*Toca el timbre y entra un CRIADO.*) Usted dirá lo que pido.

ISABEL.—No; ahora debía tomar unas pildoras que le han mandado, y tampoco quiere tomarlas.

LAURA.—¿Que no? Vengan acá esas pildoras.

GONZALO.—Pero, Laura...

LAURA.—Abra usted la boca... ¿Cuántas debe tomar?

ISABEL.—Dos.

LAURA.—Tome usted tres. Vamos, abra usted la boca; una, dos...

GONZALO.—Que me ahogo.

LAURA.—¡Agua, agua!

LUISA.—¡Agua pronto! ¡Que se ahoga!

GONZALO.—¡Por Dios, no se alarmen ustedes; ya pasó!

LUISA.—¡Ay, qué susto!

LAURA.—Ahora, la otra...

GONZALO.—No; basta ya. Muchas gracias.

LAURA.—No dirá usted que no le cuidamos.

GONZALO.—Lo agradezco.

LAURA.—Y cuidado que no merece usted el interés... ¡Si nos hubiera usted visto el día del arrechucho!...

LUISA.—Lloramos por usted como si se hubiera usted muerto.

LAURA.—Mucho más.

GONZALO.—Son ustedes muy buenas conmigo.

LAURA.—Yo hice un ofrecimiento. No se lo digo a usted porque se va usted a reír.

LUISA.—Y yo, otro.

ISABEL.—¡Pobre Luisita! ¿Qué ofreciste?

LUISA.—He ofrecido no ir al teatro en todo lo que queda de este mes.

CARMEN.—Y no nos ha dicho nada. Su padre estaba muy preocupado porque anoche no quiso venir al Real.

LAURA.—Yo he ofrecido más que eso. He ofrecido hacer las paces con mi cuñada Vicenta, con la que hace seis años que no me hablo. Y bien sabe Dios que es el mayor sacrificio que puedo hacer, porque las paces serán para reñir más fuerte a los dos o tres días.

GONZALO.—¿Y por mí va usted a tener ese disgusto? Y su pobre cuñada sin ofrecerlo.

LAURA.—Que se aguante. Es una tarasca. A mi pobre hermano le mató a disgustos.

CARMEN.—(A ISABEL.) ¿Está usted más tranquila?

ISABEL.—Sí; el médico asegura que no ha sido nada.

LAURA.—Ahora debe usted descansar una temporada en un clima templado; en Málaga, en Niza... Si se deciden ustedes por Niza, los acompaño a ustedes. No lo conozco, y su casino de Montecarlo con su ruleta me seduce.

ISABEL.—¡Por Dios, Laura! ¿Sería usted capaz...?

LAURA.—¿De probar fortuna? ¡Ya lo creo!

CARMEN.—(A ISABEL.) ¿NO ha hablado usted con Ramón?

ISABEL.—No; ¿por qué?

CARMEN.—Tenía que decirle a usted algo.

ISABEL.—¿Referente a...?

CARMEN.—Sí; no tardarán en volver a París.

ISABEL.—¿Cree usted...?

CARMEN.—Era lo natural, después del escándalo. Debe usted estar muy contenta. Ha concluido del mejor modo posible. Porque, créalo usted, esa mujer es de mucho cuidado.

ISABEL.—¿Quién sabe todavía?... Nunca he visto a Gonzalo tan preocupado. Si era una verdadera pasión.

CARMEN.—No lo crea usted.

LAURA.—(A GONZALO.) Se sabe todo. Estaba usted enamorado como un colegial. Paseítos por la Moncloa y la Casa de Campo..., un dinerito en regalos... Todas mis amigas le han visto a usted de tiendas en esta temporada... Joyerías, floristas, confiterías... ¿También era golosa? En fin, hasta le han visto a usted comprar una pandereta con toreros y madroños.

GONZALO.—¡Cuando la gente da en hablar! Como si fuera raro en mí andar de compras como esas... Encargos de corresponsales o amigos del extranjero; a lo mejor piden cosas de España para un regalo, para un recuerdo...

LAURA.—Así se explica lo de la pandereta y hasta que enviara usted un par de banderillas. Pero ¿encargar joyas y flores en Madrid...?

GONZALO.—Yo tengo que obsequiar a mucha gente. Hoy es la hija de un corresponsal que se casa; mañana, la mujer de otro a quien debo agradecer atenciones.

LAURA.—Pues, amigo mío, debe de haber sido una temporada de bodas y de agradecimientos, que a pocas como esta le dejan a usted arruinado.

GONZALO.—Pero ¿qué ha oído usted? Vamos a ver. Me interesa saberlo por usted, porque usted oye a mucha gente y oye usted muchas cosas.

LAURA.—Esta vez todas las versiones coinciden: la campanada ha sido mayúscula.

GONZALO.—¡Habladorías! ¿Que sabe usted?

LAURA.—Que el marido, colocado por usted en las oficinas de la sociedad, abusaba de la protección de usted con sus subalternos; que uno de ellos, harto de aguantarle los humos, se descaró un día, y allí salió la historia a relucir, con gran regocijo de todos... Se temió que hubiera lances de honor. Usted pasó el disgusto consiguiente; ella es de suponer que también lo tendría... El marido no debió de disgustarse mucho, porque no se sabe que haya tomado mejor determinación que renunciar el cargo, y aun eso por consejos muy reiterados y muy expresivos de la Junta de accionistas, de su amigo de usted, Ramón, sobre todo. ¿Tiene usted algo que rectificar? ¿No es esa la historia?

GONZALO.—Por esta vez no está muy falseada.

LAURA.—Y su pobre mujer...

GONZALO.—No sabe nada.

LAURA.—O usted quiere figurárselo, para tener un remordimiento menos. ¡Qué hombres! ¡Qué mundo! ¡Dichosa la hora en que no me case!...

GONZALO.—Pero ¿fue cuestión de una hora?

CARMEN.—Acércate, Luisíta. ¡Pobrecilla! Anda de un lado para otro.

LUISA.—Comprendí que no debía escuchar lo que hablaban ustedes; me acerqué allí, y comprendí que tampoco debía escuchar... ¿Cuándo tendré una edad para oírlo todo?

LAURA.— Cuando menos te importe, porque ese día ya no tendrás que oír nada nuevo...

ESCENA II Dichos y RAMÓN

RAMÓN.—Veo que está bien asistido el convaleciente.

GONZALO.—¿Asistido? Secuestrado. No me dejan salir: quería haber ido a la oficina.

RAMÓN.— Eso no; toma estas cartas que he recogido para ti. Laura, usted perdono; no saludé al entrar. ¿Recibió usted el anuncio que me pidió del nuevo empréstito? Se lo envié a usted en seguida.

LAURA.—Sí, muchas gracias. Era por curiosidad nada más.

RAMÓN.—No creo que le convenga a usted. (A ISABEL.) ¿Qué ha dicho el médico?

ISABEL.—Ya le ha dado de alta; pero con este tiempo no debe salir todavía.

RAMÓN.—¡Claro que no!

CARMEN.—Ya que ha venido Ramón, y está usted acompañado, le dejamos a usted.

GONZALO.—Acompañen ustedes a Isabel. Nosotros pasamos a mi despacho.

CARMEN.—No; Isabel ha dicho que sale también.

ISABEL.—Quiero ir un momento a casa de María Antonia, estoy intranquila; ayer mandó recado de que estaba enferma, y como hoy no ha venido, ni Pepe tampoco..., ya que Ramón te acompaña...

GONZALO.—Sí, sí; ve si quieres. Pero no creo que les ocurra nada... Hubieran avisado.

LAURA.—Salimos juntas. Le deseo alivio por completo.

GONZALO.—Descuide usted. La convalecencia se presenta muy franca.

LAURA.—Así sea, y que no tenga usted una recaída, que son muy peligrosas.

CARMEN.—Gonzalo...

GONZALO.—Adiós, Carmen. Adiós, Luisita.

ISABEL.—Que no hablen ustedes mucho de negocios, ni de cosas serias, ni le deje usted fumar. Yo vuelvo en seguida. (*Salen ISABEL, CARMEN, LAURA y LUISITA.*)

ESCENA III

GONZALO y RAMÓN

RAMÓN.—¿Cómo te encuentras?

GONZALO.—¡Qué sé yo! Mal; aburrido, nervioso.

RAMÓN.—El fracaso, ¿verdad? Porque todos sabernos que esa mujer se ha divertido lindamente a tu costa, entreteniéndote con esperanzas a cambio de realidades positivas. ¡Digno remate de un Don Juan que no supo retirarse a tiempo! Por fortuna, no tardará en largarse en compañía de su bondadoso marido.

GONZALO.—Está bien. Le habéis obligado a renunciar el cargo; os empeñasteis en dar proporciones al escándalo. Cuenta con mi dimisión y con que no volveré a ocuparme para nada de la sociedad.

RAMÓN.—Como si cantarás.

GONZALO.—¿Puedo consentir que cualquier empleadillo insubordinado me ponga en ridículo delante de todos y que vosotros celebréis la gracia y le deis la razón?

RAMÓN.—Si tu recomendado hubiera sabido estar en su puesto y no hubiera molestado a nadie con sus impertinencias...

GONZALO.—¿Impertinencias? Porque les obligaba a cumplir con su deber; porque está acostumbrado a los empleados de su casa en París, donde la gente sabe obedecer y respetar a sus jefes; pero aquí, con nuestra democracia chirigotera, todos somos unos, todos somos hidalgos que trabajamos como quien hace un favor a cambio de palmaditas en el hombro y de familiaridades entre superiores y subalternos. ¡Así anda todo!

RAMÓN.—Eso lo dices ahora porque te conviene. Tú eres el primero en tratar con afabilidad y con llaneza a todo el mundo, a la española, y por eso no te respeta nadie menos. Ese caballero quería imponernos todo el ridículo autoritarismo de la burocracia francesa, de aquellos empleados que apenas se ven detrás de una mesa ministro o de un ventanillo oficinesco, ya se creen de una aristocracia especial, superiores a los demás mortales.

GONZALO.—Y si alguien tenía quejas, ¿por qué no decírmelo? Di que en todo esto hay una conspiración tramada por alguien.

RAMÓN.—¿Por mí? ¿No es eso?

GONZALO.—Por ti solo, no; por ti, influido por tu mujer.

RAMÓN.—¿Por Carmen? ¿Qué dices?

GONZALO.—No; tampoco precisamente por ella; por Isabel. Son muy amigas, están muy unidas...

RAMÓN.—Déjate de tonterías. No hubo conspiración; ni Isabel, aunque enterada de todo, influyó para nada con mi mujer, ni mi mujer conmigo, ni ¿en qué cabeza cabe que íbamos a procurar nosotros que anduviésemos en lenguas en las oficinas, primero, y después, por todo Madrid?

GONZALO.—Pues eso es lo que habéis conseguido, y traer a mi casa un infierno sordo, que es el peor de los infiernos.

RAMÓN.—¿Un infierno?

GONZALO.—Sí; tú lo sabes. Isabel no habla; pero su actitud de mártir resignada es una acusación constante que yo no puedo tolerar; mis nervios saltan y estoy decidido a romper por todo. Prefiero que hable, que se indigne; tanta resignación me parece desprecio, o conformidad, o egoísmo. Lo que sea, solo me indica falta de cariño.

RAMÓN.—Me parece que juzgas mal a Isabel, o juzgas mal de ti si crees que al protestar indignada hubiese conseguido lo que no consiguió con resignarse. Cuando el cariño se aleja de nosotros, ¿qué medio para detenerle en su alejamiento? Las amenazas, la violencia, el crimen pasional? ¿No es eso? Cuando el pájaro escapa de la jaula y vuela, ¿cómo recobrarle? O le disparas un tiro, pensando: «Mío o de nadie», y de este modo es seguro que le recobras, pero le recobras muerto; o si le quieres como le tuviste, no te queda otro medio que esperar, esperar a que vuelva cuando nuestra jaula le parezca más dulce que su libertad.

GONZALO.—No te conocía como poeta. Es un nuevo aspecto que nunca hubiera sospechado en ti.

RAMÓN.—Nunca acabamos de conocernos unos a los otros. No soy poeta, pero puedo juzgar mejor el corazón de Isabel; como ella el tuyo, en algún tiempo yo también he sentido alejarse el cariño en mi Carmen; su espíritu era algo soñador; nuestra vida era algo prosaica. Yo soy tan cerrado a idealidades, que sin tener asegurado el día de mañana, no ya soñar, hasta dormir me parecía un crimen, y solo pensaba en trabajar, pensando en mi mujer y en mis hijos, naturalmente; pero el trabajo, lo que más me sujetaba a ellos, era también lo que más parecía separarnos. Y observé en Carmen tristeza y desvíos primero; frialdad, indiferencia después: después... después..., ¡que sé yo!... Si no hubiera estado tan seguro de su honradez, pude creer que su corazón ya no era mío y quise imponerme, y mis quejas fueron violentas, amenazadoras, y solo conseguí sumisión y respeto, las apariencias del cariño; pero el cariño se alejaba más cada día, y entonces... esperé; esperé trabajando como antes, con el mismo pensamiento: mi mujer y mis hijos; con el mismo cariño..., el suyo; ¡siempre el suyo!... Y un día, sentado yo ante mis libros y papeles de cuentas, a mi espalda sentí unos brazos que me estrechaban, y junto a mi cara otra cara que se asomaba sobre las cuentas, y dos lágrimas que borraban unos números, y una voz que me decía con toda el alma: «¡Qué bueno eres, Ramón! ¡Cuánto te quiero!» Era el cariño que volvía; el cariño, que había comprendido, por fin, ¡quién sabe de vuelta de qué imaginaciones!, que en esta nuestra vida de hoy, sin lanzas, ni espadas, ni moros, ni princesas, ni trovadores, toda la poesía está en el deber cumplido, el que nos corresponde a cada uno; el trabajo prosaico sin poesía y sin gloria, que no todos podemos aspirar a ella...; es decir, todos sí, que si para los que trabajan en algo grande la gloria es cariño que viene de lejos y de todas partes, para los que trabajamos en reducida esfera, para nosotros..., para los nuestros..., su cariño es nuestra gloria, la gloria de los humildes, de los ignorados; una gloria que está muy cerca de nosotros y por eso mismo llega más pronto al corazón.

GONZALO.—Pero ¿pudiste dudar nunca de que esa gloria te faltara, del cariño de Carmen, del de tus hijos?...

RAMÓN.—Pude dudar de ellos; de mí no dudé nunca, y esperé..., como espera Isabel; por eso te dije que nada sabías de su corazón, como nada sabías del mío.

GONZALO.—¡Si nunca me hablaste como hoy! ¿Qué podía yo saber? Es verdad; nunca acabamos de conocernos o nos conocemos demasiado tarde.

ESCENA IV

Dichos y un CRIADO; después, ADOLFO

CRIADO.—Con permiso. (*Entregando una tarjeta.*) Este caballero desea ver al señor. Dice que si ahora no puede recibirle, esperará o volverá cuando el señor le indique, pero que a todo trance necesita ver al señor.

GONZALO.—(*Entregando la tarjeta a RAMÓN.*) «Adolfo Barona...» Diga usted que no estoy.

CRIADO.—Sabe que el señor está en casa...

GONZALO.—Diga que no puedo recibirle.

RAMÓN.—Es inútil, si se ha empeñado en verte. Y mejor es saber de una vez lo que quiere. Serán explicaciones enojosas y desagradables. ¿Quieres que le reciba yo?

GONZALO.—No; pero quédate. Así será más corta y menos embarazosa la entrevista... Que pase... (*Sale el CRIADO y a poco entra ADOLFO.*)

ADOLFO.—Señores: ¿la salud es mejor, yo espero?

GONZALO.—Algo mejor; gracias...

ADOLFO.—Don Ramón...

RAMÓN.—Muy señor mío...

ADOLFO.—¿Su señora, buena, yo espero?

GONZALO.—Muy bien; gracias...

ADOLFO.—(*A RAMÓN.*) ¿La de usted buena también, yo espero?

RAMÓN.—Perfectamente.

ADOLFO.—¿Y su encantadora hija?...

RAMÓN.—Perfectamente.

ADOLFO.—(*A GONZALO.*) Usted esperaba verme. He dudado si escribir a usted, si visitarle personalmente. Josefina me aconsejó que viniera; son cuestiones delicadas para escribir. Cuando se habla, si se va demasiado lejos, las palabras pueden reatraparse. ¿No es eso? Cuando se escribe, si uno se deja ir, las palabras quedan; usted ya sabe todo. Usted sabe que yo he sido insultado. Usted sabe que yo he debido matar a alguien...

RAMÓN.—¡Hombre! Matar...

ADOLFO.—Sí, sí, matar; si yo pensara después fríamente. No he sido yo solo insultado; 1.ª sido insultada mi mujer, y mucho más; ¡ha sido insultada la Francia!

RAMÓN.—¡Hombre! ¿Querrá usted hacer de esto una cuestión internacional?

ADOLFO.—Sí, sí; se ha dicho, a propósito de mí, que yo era como los maridos franceses.

RAMÓN.—No haga usted caso. De esa opinión tiene la culpa la literatura.

ADOLFO.—¡Ah! ¡Si yo no hubiera pensado fríamente!...

GONZALO.—Usted exagera. En todo esto solo hubo por parte de usted desconocimiento de nuestro carácter, de nuestras costumbres, exceso de rigor o de formalismo, como usted quiera; por parte de los que se atrevieron a ofender a usted, acaloramiento, mala educación; pero de eso a que usted quiera dar mayores proporciones al lance...

ADOLFO.—Es que yo veo claro en todo esto; yo he hablado seriamente con mi mujer, y sé muy bien que si nosotros hubiéramos pasado por todo, nada de esto hubiera sucedido.

RAMÓN.—¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO.—Yo sé que mi mujer ha sido galanteada por alguna persona muy influyente; ¡yo no sé quién ..., ni quiero saberlo!...

RAMÓN.—(*Bajo, a GONZALO.*) ¡Habrá desahogado!...

ADOLFO.—Lo que yo sé es que mi dignidad no me permitía permanecer en mi empleo; lo que yo sé es que ahora nadie me indemnizará de mi tiempo perdido, de mis gastos de instalación en Madrid, contando con una situación estable... Esta es mi ruina, como dice mi pobrecita mujer; para este viaje no necesitábamos... ¿Como se dice?

RAMÓN.—¡Alforjas!

ADOLFO.—Eso es, que esto ha sido una tomadura de pelo, y... ¡como hay Dios que estamos aviados!...; eso es, ¡estamos aviados!

GONZALO.—Si usted ha hecho gastos, si usted se cree perjudicado...

RAMÓN.—Ya le ofrecí lo que necesita, y me contestó que ofendía su dignidad. ¿No fue así?

ADOLFO.—Cierto... Uno no sabe lo que dice acalorado; pero pienso después fríamente. Yo sé bien que si yo no tuviera dignidad, yo hubiera conseguido tener mi puesto siempre y subir más alto y ganar mucho dinero como otros que, sin talento, sin servicios, sin que nadie pueda explicarlo, gracias a su mujer, han llegado, y después son los primeros que censuran y hablan de los demás.

RAMÓN.—¿Qué dice usted? ¿Qué quiere usted decir?

ADOLFO.—Yo sé lo que digo, porque lo he oído decir a todo el mundo; si usted no lo sabe...

RAMÓN.—En efecto, no lo sé; pero usted debe decírmelo; no tendrá usted la cobardía de callar el nombre.

ADOLFO.—Ni la cobardía de decirlo por miedo.

RAMÓN.—¿Eh?

GONZALO.—(*A ADOLFO.*) Agradeceré a usted que solo a mí se dirija, puesto que está usted en mi casa y conmigo solo desea usted hablar.

RAMÓN.—No, deja...

GONZALO.—Basta... No creo equivocarme al deducir por sus palabras que su mayor preocupación en todo esto es la cuestión..., digámoslo así..., la cuestión práctica... Esos gastos de que usted hablaba, esa indemnización que a usted le parece muy justa y que yo no he de regatear... Yo, mejor que nadie, puedo calcular los gastos de su instalación.

ADOLFO.—Sí, sí, seguro... Josefina les consultaba a ustedes para todo. Yo nunca sé lo que cuesta nada... Ahora debemos hacer..., ¿cómo se dice?... Almoneda de todo... Hoy he puesto el anuncio... Si a ustedes les conviene algo, les haré precio de amigos.

RAMÓN.—Muchas gracias.

GONZALO.—Quedamos, entonces, en que mañana mismo será usted indemnizado cumplidamente; creo que no llevarán ustedes un mal recuerdo de nosotros.

ADOLFO.—¡Oh, no! La pobre Josefina llora al solo pensamiento de «quitar» Madrid, y ella me dice siempre que si alguna vez ella es perdida, es aquí que debo buscarla. De modo que mañana dice usted que...

GONZALO.—Descuide usted. Mañana mismo.

ADOLFO.—Espero que aún tendremos el gusto de vernos.
GONZALO.—Seguramente.
ADOLFO.—Espero que usted sabrá apreciar mi corrección en todo este asunto.
GONZALO.—Exquisito, querido Alfonso... Perdón, Adolfo...
ADOLFO.—Sí, sí, Adolfo. Usted sabe que Alfonso se dice en París a ciertos sujetos...
GONZALO.—No creerá usted que fue con intención.
ADOLFO.—Yo espero... Adiós, don Ramón.
RAMÓN.—Muy señor mío...
ADOLFO.—No me salude usted así... Yo lo olvido todo, yo pienso fríamente.
RAMÓN.—Y yo no olvido nada, y yo saludo fríamente. ¿Qué quiere usted?
ADOLFO.—Nada, nada... me «achanto», como dice mí mujer; me «achanto» y me despido..., o, como dicen ustedes, me las «guillo»... Servidor de ustedes. (*Sale.*)

ESCENA V

GONZALO y RAMÓN

RAMÓN.—Si no pensara de quién es hijo...
GONZALO.—¿Qué?
RAMÓN.—No salía de aquí sin romperle algo... ¡Y parecía bobo el angelito! Por supuesto, esta combinación no es cosa suya, sino de la lagartona de su mujer.
GONZALO.—Por eso me ha divertido más que otra cosa.
RAMÓN.—Divertido, sí; pero ha dicho algo que...
GONZALO.—Yo no le he oído nada.
RAMÓN.—Algo que no le dejaste concluir; casi te anticipaste a su petición, como si temieras que de no acceder a ella hablara demasiado, y como ha conseguido lo que buscaba...; pero yo sabré a quién puede referirse con sus reticencias...
GONZALO.—Yo no oí nada que a ti pueda referirse.
RAMÓN.—El no ha podido inventar; alguien le ha dicho...
GONZALO.—¡Vaya, vaya! Acabaremos por volvernos todos Jocos; yo no veo en todo esto más que una vulgar aventura, un ridículo chantaje, al que sería más ridículo todavía oponerse, porque ya lo dijiste: «Este es el digno remate de un Don Juan que no supo retirarse a tiempo.» La culpa fue mía...; yo la tengo, y en paz; pero tú, no veo por qué has de preocuparte... ¿En qué piensas? ¿Es posible que hayas tomado en consideración...? Vamos..., vamos...
RAMÓN.—Déjame, déjame.
GONZALO.—¡Ramón!
RAMÓN.—¡Si fuera verdad, si fuera verdad! No, no...
GONZALO.—Ramón. ¡Chis! Isabel vuelve; tú verás.
RAMÓN.—Basta su nombre.

ESCENA VI
Dichos e Isabel

ISABEL.—¿No he tardado mucho? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué les ocurre a ustedes? ¿Qué caras son esas?

GONZALO.—Nada.

ISABEL.—No. Han hablado ustedes de asuntos serios; han discutido ustedes y se han disgustado.

GONZALO.—Te digo que no. ¿Y María Antonia? ¿Y Pepe? ¿Los has visto?

ISABEL.—No estaban en casa.

GONZALO.—Entonces... Tú sí que traes cara de disgusto. ¿Ocurre algo?

ISABEL.—¿No te digo que no estaban en casa? Señal de que están buenos. Me asusté al entrar y verlos a ustedes así como sobresaltados, como si acabaran ustedes de reñir.

GONZALO.—¡Qué tontería! Una discusión. Ramón puede decirte.

RAMÓN.—Asuntos de la sociedad.

ISABEL.—¡Por Dios!, que no estás bueno, no te alteres. (A RAMÓN.) No habrá sido usted quien haya empezado.

GONZALO.—Tuve yo la culpa. Voy a firmar estos documentos y a escribir al padre de este muchacho para explicarle... Ya sabes que vuelven a París.

ISABEL.—¿Quién?

GONZALO.—¿Quién ha de ser? ¿Para qué quieres que yo te lo diga? ¿No lo sabes ya? ¿No te alegras?

ISABEL.—¿Yo?

GONZALO.—No dirás nunca lo que sientes. (*Sale.*)

ESCENA VII
ISABEL y RAMÓN

ISABEL.—¿Oye usted? No le basta con atormentar; quiere saber que atormenta.

RAMÓN.—Isabel, perdone usted... Le extrañará a usted que hable de cosas pasadas y de cosas tristes.

ISABEL.—¿Usted?

RAMÓN.—Y sé que no me dirá usted la verdad, pero no importa; sé también que solo usted puede devolverme la tranquilidad, aunque sea con la mentira.

ISABEL.—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué ha ocurrido entre usted y Gonzalo en mi ausencia? Sé que estuvo aquí el marido de esa mujer. ¿A qué vino? ¿Qué dijo?

RAMÓN.—¿Qué sé yo? ¿Es tonto o es pillo? Dijo algo que ha inventado o algo que le dijeron, algo insignificante tal vez, hablar por hablar, algo que yo no pensé nunca; pero hay momentos en que una palabra cualquiera es así como un relámpago que ilumina lo más oscuro y lo más lejano de nuestra vida... ¿Por qué no se caso mi hijo Enrique con María Antonia? Dígame usted ¿por qué?

ISABEL.—Verdad que son historias pasadas. No lo sabe usted?

RAMÓN.—Sí; sé lo que el mismo Enrique dijo lo que todos ustedes dijeron. Enrique había tenido relaciona con una pobre muchacha; María Antonia tuvo celos no quiso perdonar, creyó que aquellos amores no habían terminado...

ISABEL.—Pues si lo sabe usted como nosotros...

RAMÓN.—Pero hasta ahora nunca pensé que esa explicación no fuera la verdadera, que solo fue un pretexto buscado por Carmen, por usted, por todos, para evitar Hasta ahora no pensé..., lo que oí hace poco Yo no tengo gran talento, lo sé; mi inteligencia no ha podido servir de mucho a Gonzalo, y, sin embargo, me tuvo siempre a su lado, en los primeros puestos; gracias a el poseo un capital, soy rico, creí ser dichoso. ¿Y a qué lo debí? ¿A qué debo todo esto, Dios mío?

ISABEL.—A su trabajo honrado, a su inteligencia también. ¿Por que esas dudas? ¿Qué ha pensado usted? ¿Que han podido decirle? Piense usted que al dudar no duda usted solo de la amistad de Gonzalo

RAMÓN.—LO sé. y no puedo, no puedo..., sería horrible. Dígame usted que no tengo razón, que no puedo pensarlo, que si eso fuera o eso hubiera sido...

ISABEL.—Carmen no sería mi mejor amiga... ¿No es eso lo que usted piensa? No la querría yo como la quiero, como una hermana... Usted lo sabe, usted lo ve No creerá usted que yo no hubiera sospechado antes lo que usted no sospechó hasta ahora, si las sospechas tuvieran fundamento..., y suponga usted que yo hubiera querido disimular por prudencia o por imposición de mi marido; la prudencia y el disimulo tienen su límite. Yo no soy una santa, y todo lo más hubiera fingido cortesía superficial ante la gente; pero de eso a la amistad que me une con Carmen, amistad verdadera, amistad sin recelos, con toda el alma, porque estoy segura de su lealtad conmigo..., como usted debe estarlo... Basta con que piense usted eso, que una mujer celosa, por mucho que quiera fingir, no finge hasta ese extremo. Ya ve usted como no supe fingir con Josefina; no hubo prudencia ni educación que bastaran, dejé de recibirla en mi casa. Pero suponer que mi cariño a Carmen puede ser fingido y tanto tiempo... Yo se lo agradezco a usted mucho, Ramón, pero me conceptúa usted demasiado sublime, o conoce usted muy poco el corazón de la mujer, para suponer que por discreta que sea puede admitir a su lado a otra mujer, como yo admito a Carmen, si sospechara siquiera que ahora ni nunca... Yo sé bien que la reputación de Gonzalo hace verosímiles todas las sospechas; pero a Carmen la estamos ofendiendo solo con buscar razones para negar razón a que usted dude...; no en mi corazón, en el suyo, en el de usted debe usted encontrarlas. Vamos, vamos, Ramón; yo no sé qué castigo le impondría a usted por su mal pensamiento, si el haberlo pensado no fuera ya el mayor castigo.

ESCENA VIII

Dichos y MANUEL

MANUEL.—¡Querida amiga! ¡Don Ramón!

ISABEL.—¡Cuánto me alegro de su visita! Le hubiera mandado llamar si tardo un día más en verle.

RAMÓN.—Me despedía cuando usted entró. Isabel, voy a recoger esos documentos que firma Gonzalo, y ya me despido de usted... Amigo mío...

MANUEL.—Siempre suyo...

ISABEL.—¿Pasó ya todo? ¿Ni la sombra de un mal pensamiento?

RAMÓN.—Dije que usted me haría creer lo que quisiera, verdad o mentira, porque es usted tan buena, tan buena, que es usted capaz de todo, hasta de lo que usted asegura que no es capaz ninguna mujer por santa que sea. (*Sale.*)

ESCENA IX

ISABEL y MANUEL

ISABEL.—No puedo más.

MANUEL.—¿Está usted enferma? ¿Qué le sucede a usted?

ISABEL.—Nada; que he mentado con tanta verdad, que a mí misma me parece mentira nada de lo que dije. Mentiras como esas no pesan en la conciencia, nos absuelve en ellas el corazón...

MANUEL.—¿Mentir usted?

ISABEL.—No hablemos de mí; estaba impaciente por ver a usted, hoy más que nunca.

MANUEL.—Por acordarme demasiado de usted he podido parecer olvidadizo.

ISABEL.—Pero ¿no ha olvidado usted lo que me prometió?

MANUEL.—Ni un momento. Y en estos días era preciso mayor vigilancia.

ISABEL.—¿En estos días? ¿Por qué? ¿Sabe usted algo?

MANUEL.—Sé que María Antonia y Pepe viven en continua guerra.

ISABEL.—Por aquí no vienen apenas, a pesar de la enfermedad de Gonzalo. Hoy fui yo a su casa; no estaban; la doncella, una muchacha de toda mi confianza, que yo coloqué con María Antonia, me ha contado cuanto allí pasa: escenas violentas, disgustos a todas horas, una vida imposible.

MANUEL.—Y un continuo peligro para María Antonia.

ISABEL.—¿Qué sabe usted?

MANUEL.—Sé de unos encuentros casuales en el Museo de Pinturas.

ISABEL.—¿De quién? ¿De María Antonia y...?

MANUEL.—Repito que fueron casuales, puramente casuales, me consta; como si usted ahora me dijera... por casualidad...: «¿Querrá usted creer que apenas conozco el Museo de Pinturas?» Y yo le dijera a usted: «¿Es posible?» Y usted: «Pienso ir un día de estos»; y yo desde entonces fuera todos los días, hasta que, es natural, yo todos los días y usted un día de estos, al fin habíamos de encontrarnos por casualidad, y por casualidad se encontraron.

ISABEL.—Bien temía yo. ¿Y su amigo de usted le ha dicho...?

MANUEL.—Figúrese usted un soñador enamorado, una mujer no comprendida... La contemplación de obras de arte, emociones artísticas que se comunican... El arte fue siempre un gran conductor de fluido amoroso.

ISABEL.—No hable usted así; ese tono ligero me hace daño. Dígame usted muy seriamente cuanto usted sepa, cuanto su amigo de usted le haya confiado.

MANUEL.—Hay algo más serio todavía. Una imprudencia, una verdadera imprudencia de María Antonia.

ISABEL.—¡Dios mío!

MANUEL.—Una carta suya.

ISABEL.—¿Que usted ha leído? ¿Que ese hombre le ha confiado a usted? ¡El miserable! ¡Como todos! ¡Por vanidad, por jactancia! ¿Y ese es el ideal que puede hacer a esa pobre niña olvidarse de sus deberes? ¿Qué dice esa carta?

MANUEL.—Le dije que solo era imprudente. Es una carta en que le despide, le aleja toda esperanza; pero le suplica, y suplicar es ya confesarse débil, y confesarse débil es ya temer ser vencida.

ISABEL.—¿Y ese hombre espera?

MANUEL.—Se atreve a esperar.

ISABEL.—Es preciso que yo hable con María Antonia delante de su padre, delante de su marido si es preciso, que todos vean claro el peligro, que María Antonia se salve a toda costa. Yo no quiero que pueda tener que avergonzarse nunca ante su marido, que siempre sea de ella la razón, siempre; no es solo porque la quiero como a una hija y la quiero igual a mí, igual a su madre: es mi orgullo de mujer, que en nuestra desigual condición ante el hombre, admite todas las desigualdades, todas las humillaciones, menos la de que nunca tengan el derecho de decirnos: «¿Con qué razón me acusan?» ¡Ah!, eso, no; son más penosos nuestros deberes, pues más fuertes nosotros para cumplirlos... Y así no podrán decir que somos iguales; pero nosotras también podemos decirles: «¿Iguales no? Decís bien, somos mejores.»

ESCENA X

Dichos, MARÍA ANTONIA y PEPE

MARÍA ANTONIA.—¡Isabel! ¡Madre mía!

ISABEL.—¡María Antonia! ¡Hija!

MARÍA ANTONIA.—¡Ay! Ya puedo llorar. Ya puedo decirlo todo, a ti solo, ¡a ti, madre mía! A él solo podía contestarle con el desprecio.

PEPE.—Es lo mismo. Puedes callar o puedes despreciarme. Ahora basta con que hable yo.

ISABEL.—¿Qué dices? ¿Qué sucedió?

MARÍA ANTONIA.—No importa lo que diga; yo solo siento que no tenga razón para decirlo.

PEPE.—Isabel, ya lo oyes. Avisa a su padre. Quiero hablar con vosotros. (A MANUEL.) NO, no salga usted; es usted de la familia, y por la amistad que le une a usted con cierta persona, deseo que se halle usted presente en esta ocasión. ¿Dónde está su padre?

MARÍA ANTONIA.—Tú puedes hablar con él. Yo solo hablaré con Isabel, contigo solo. Déjanos; a mi padre puedes decirle lo que quieras.

PEPE.—Bien está.

ISABEL.—Sí, déjanos. Debo yo hablar a solas con María Antonia. Vayan ustedes con Gonzalo. Tú sabrás lo que debes decirle. Yo no quiero juzgar sin oírla a ella primero; yo sé que a mí no puede engañarme.

PEPE.—¿Está en su despacho?

ISABEL.—Sí. (PEPE *sale*.) Vaya usted, Manuel; usted que sabe la verdad, si la verdad fue lo que usted me dijo, y no puede ser otra.

MANUEL.—La verdad será lo que diga María Antonia.

ISABEL.—Y la verdad dirá. (*Sale MANUEL.*)

ESCENA XI

ISABEL y MARÍA ANTONIA

ISABEL.—Sí, la verdad será para mí lo que tú digas. Pepe ha llegado a sospechar de ti, ¿no es eso?

MARÍA ANTONIA.—Ya lo oíste..

ISABEL.—Pero ¿sus sospechas...?

MARÍA ANTONIA.—Para él, todo evidente. Ya lo ves. Me devuelve a vosotros, porque ahora es él quien me trae para que su honor no padezca... ¡Qué noble y qué delicado sentimiento ese del honor! Gracias a él, he conseguido en un momento lo que no conseguí por mis lágrimas, ni por mis celos, ni por mi corazón destrozado: volver aquí para olvidar, para no padecer. Por mi voluntad nunca me hubiera él dejado venir, nunca me hubierais admitido vosotros; todos lo impediríais... Y ahora..., ahora ya no se trata de mí, se trata de su honor..., y nadie se opone... ¡Necia de mí que no comprendí antes qué fácil era conseguir esta separación que yo deseaba como única seguridad para mi conciencia, como único descanso para mi corazón!

ISABEL.—Habla, habla así y te escucharé tranquila, segura de que no faltaste; así, con indignación, con santa ira; no quiero ver en ti abatimiento ni tristeza, que sería humillación, sería culpa. Y no la hubo, ¿verdad? Mírame así, cara a cara; los ojos en los ojos, sin lágrimas, limpios, como tu corazón. No hubo culpa, ¿verdad?... ¡Por la memoria de tu madre!...

MARÍA ANTONIA.—¡Por su memoria!...; pero por su memoria también y por toda la maldad y por todos los engaños de los hombres, te aseguro que si la intención y el deseo de ser culpables son ya culpa, nadie más culpable que yo; porque con toda mi alma lo digo: ¡quisiera que nada me hubiera detenido: ni virtud, ni vergüenza, ni el ejemplo, ni la memoria de mi madre, ni tu cariño y tu ejemplo, santo como el suyo!... ¡Nada, nada!... Pero tú lo sabes; tú, que también has visto destrozado tu corazón y tu vida; tú, que también alguna vez, por santa que seas, habrás sentido deseos de vengar ofensas, humillaciones que no mereciste...; tú lo sabes: cuando se nace honrada, no es tan fácil dejar de serlo.

ESCENA XII

Dichas y GONZALO

GONZALO.—¿Es verdad lo que dice Pepe? ¿Es verdad lo que dice tu marido? Pues ni en su casa ni en esta puedes estar; porque si allí deshonoras a tu marido, aquí deshonoras a tu padre.

MARÍA ANTONIA.—¡Ah!

ISABEL.—¡Gonzalo!

GONZALO.—¡No la protejas, no la defiendas!... ¡Fuera de aquí, que yo no la vea!

ISABEL.—No, no la verás; ven conmigo, no llores; ven conmigo... ¡Pobre hija mía! Pero no llores; si no eres culpable, rechaza la afrenta con indignación, como antes. ¿Me juraste verdad?

MARÍA ANTONIA.—¡La verdad, madre mía!

GONZALO.—¡Fuera de aquí, dije; fuera de aquí!

ISABEL.—Sí, sí, espera; espera, ya saldrá, ya saldrá; acaso no salga ella sola. (*Salen MARÍA ANTONIA e ISABEL, pero ISABEL vuelve a poco.*)

ESCENA XIII

ISABEL y GONZALO

GONZALO.—¿Que no saldrá sola?... ¿Qué dices? ISABEL.—Una vez más eres injusto, eres cruel, eres

egoísta..., eres..., eres... ¡hombre! Crees que María Antonia ha faltado. .; lo crees, ¿verdad? Y te indignas. Pues yo solo te digo que si eso fuera, yo la disculpo y la comprendo, y le diré: ¡Has hecho bien, has hecho bien!... ¿Lo oyes?

GONZALO.—Lo dices porque no es tu hija.

ISABEL.—¡Mientes! Si lo fuera, con mayor razón se lo diría una y mil veces: ¡Has hecho bien, has hecho bien, hija mía!

GONZALO.—Y no habrás dejado de decírselo y de disculparla. Ahora y antes; lo presumí siempre.

ISABEL.—Solo te falta decir que di yo el ejemplo. Dilo también. ¿Qué importa? Hoy es uno de esos días decisivos en que la vida parece presentarnos el balance de muchos años. La vida lo suma todo: todas nuestras acciones, nuestras palabras, lo más insignificante. Hoy es día de cuentas para ti...; ¡ya era hora!... Para todos llega cuando menos lo esperamos, por medios indirectos casi siempre, para lo bueno y para lo malo. Hay quien trabaja toda su vida sin conseguir la menor recompensa, y cuando más desespera de su trabajo, es una herencia que llega; es la lotería; algo que parece suerte y es la vida que paga. Hay quien comete las mayores maldades, y vive rico y dichoso muchos años; pero un día llega el dolor, que la riqueza no evita: es la muerte de un hijo adorado, una enfermedad penosa, la ruina imprevista...; es la vida que cobra... Contigo se valió de tu hija, el cariño mayor de tu vida; el que era compendio de toda la sumisión y de todas las virtudes de las mujeres que hemos nacido para esposas honradas. Y ahora es la indignación, la sorpresa; ahora quieres castigar a tu hija, cuando es tu hija la que te castiga por su madre..., por mí y por ella.

GONZALO.—¿Que es mi castigo, dices? ¿Por qué? ¿Por qué?

ISABEL.—¿Qué sabéis los hombres del corazón de las mujeres? De las que os engañan sí podéis conocer las mentiras; de las buenas, de las que os quieren de verdad, no sabéis nunca ni cuánto es su cariño, porque en la mujer honrada puede siempre más el pudor que el cariño. Y por pudor calla nuestro cariño y callan nuestros deseos, y callan nuestros celos muchas veces. Y no comprendéis, no sabéis comprender que el corazón de la esposa honrada no puede luchar sin impudor cuando siente alejarse vuestro cariño. Y hemos de padecer la humillación de vernos compadecidas por mujeres indignas, que cuentan para atraernos con todas las coqueterías y todas las resistencias calculadas, que en nosotras serían repugnantes, porque nunca deben confundirse sus

«boudoirs» con nuestras casas. Pero allá va con vuestros caprichos todo lo alegre y fácil de cierta vida. Allí se gasta, sin contar lo que en nuestra casa se regatea; allí se imploran las caricias que desdeñáis en nosotras, porque nuestro deber las asegura cuando las exige vuestro deseo; vuestro deseo, que en muchas veces se ve otro deseo no logrado que os acerca a nosotras con apariencia de cariño... Así son los hombres, y así juzgas tú sin piedad la apariencia solo de una falta; que lo aseguro: ya solo siento que no sea verdadera y que no fuera mía, si con serlo pudiera causarte mayor pena.

GONZALO.—No, Isabel; tú sí que eres injusta si pensaste que por grandes que sean mis culpas contigo merecían el castigo de no creer en ti, de dudar de ti siquiera un instante. Tú sí que no sabes lo que es mi cariño para ti. Habré sido cruel, egoísta, como dices; habré atormentado tu corazón; pero no puedes, no debes dudar de mi cariño. Quizá a nadie atormentamos como a nuestra madre; quizá por ningún cariño sacrificamos menos: tan seguros estamos de poseerlo siempre, de que siempre perdona. Con vivir y mostrarse alegres, ya nos parece que hemos pagado el cariño de nuestra madre. Pero es la misma fe que nos inspira la que nos hace menos devotos en apariencia; más creyentes, en el fondo, de estos cariños santos y verdaderos, de que nuestro corazón está seguro. Pero ¿qué otros cariños en la vida valen tanto como estos, que son siempre creencia y esperanza del corazón? Dime si nunca te hubieras cambiado por otra mujer de las que pasaron por mi vida; dime si nunca creíste que el compararte con todas ellas no fue su recuerdo la aureola, el altar de tu imagen santa... ¿Qué sabes tú de mi orgullo al decirme..., entre todas, ella solo en mi corazón; ella solo fiel; ella siempre honrada; ella, mi esposa, como mi madre?... ¿Y dices que María Antonia hizo bien? No, tú no lo crees, no lo sientes, porque ves la verdad de mi cariño, de mi adoración por ti; porque fuiste la que espera siempre, la que perdona siempre como una madre, como una santa, como algo que está sobre todo como el cielo de nuestra vida... No, no digas que María Antonia hizo bien..., no digas que debiste ser tú. Si yo hubiera tenido de qué acusarte..., no sé..., no sé... ¿Cómo saber, si de ti no puedo suponerlo siquiera?

ISABEL.—¡Gonzalo! ¡Mi Gonzalo! Dices bien..., perdonar siempre..., esperar siempre... Yo he sabido esperar, y ahora siento que no esperé en vano.

ESCENA XIV

Dichos y CARMEN

CARMEN.—¡Isabel! Mi amiga, mi hermana.

ISABEL.—¡Carmen!

CARMEN.—¡Ya sé!... Ramón me lo dijo llorando como un niño; me pidió perdón por haber dudado... ¡Perdón a mí, que no podré perdonarme nunca!... Me dijo que usted..., y no pude contenerme, necesitaba ver a usted, arrodillarme ante usted, si usted lo permite. ¡Qué tormento! Intención tuve de ser yo misma quien lo confesara todo, si no hubiera pensado que ya no era solo mía la pena, sino de usted, y de usted sin culpa.

ISABEL.—Sin culpa, sí. ¡Qué hermoso es no tener culpa! ¡Ah! Gonzalo, llama a tu hija; si crees en mí, yo te juro por lo más sagrado que no hubo culpa en ella.

GONZALO.—Te dejo...

ESCENA XV

Dichos y MANUEL; después, MARÍA ANTONIA

MANUEL.—Isabel, he conseguido que Pepe atienda a mis razones; está convencido de su error. Es él quien debe y desea ser perdonado; pero teme que María Antonia...

ISABEL.—No.

CARMEN.—¡Dios mío! ¿María Antonia y Pepe?

ISABEL.—Sí; es tan difícil resignarse y esperar... María Antonia, hijos míos; ven, ven ahora a mis brazos, a los de tu padre...; después, con tu esposo.

MARÍA ANTONIA.—No, todo acabó; yo no perdono.

ISABEL.—Sí perdonarás..., para ser un día tan feliz como yo.

MARÍA ANTONIA.—¿Tú, tú eres feliz?

ISABEL.—Sí, muy feliz... ¿Verdad? Los amores alegres, los amores fáciles que solo conocen la ilusión y el deseo ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera; para el amor de la esposa, para los amores santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las rosas de otoño; no son las flores del amor, son las flores del deber cultivadas con lágrimas de resignación, con aroma del alma, de algo eterno. ¿No es verdad, esposo mío?

GONZALO. —¡Mi esposa santa! De rodillas para adorarte.

ISABEL.—¡Ya lo ves, soy muy feliz! Son mis rosas de otoño.

FIN